ESCALOFRÍOS TERROR

RALPH BARBY

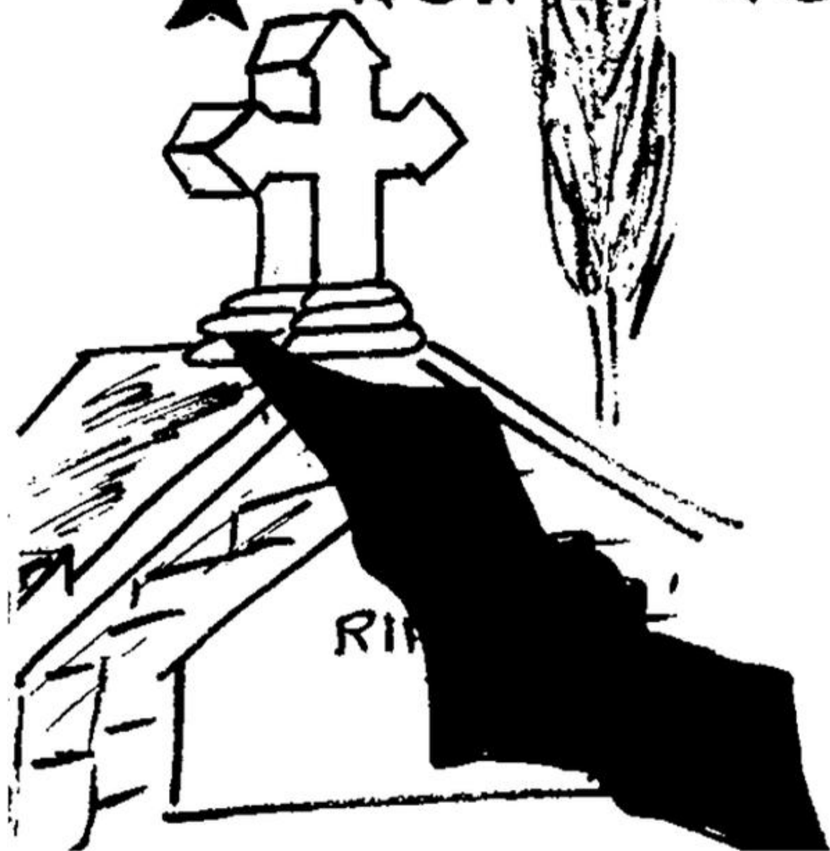
19

LA MARIPOSA DE LA MUERTE



escalofríos de

TERROR



RALPH BARBY

LA MARIPOSA DE LA MUERTE

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 19

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-0592

1ª edición: julio, 1988

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

Capítulo primero

Los castaños bordes, muy altos y de grandes copas, jalonaban la vieja carretera que serpenteaba como un larguísimo e interminable reptil de color ceniza.

La tarde murió aprisa como todas las tardes de invierno, quizá más aprisa por las nubes que habían ido cubriendo un cielo que durante días había sido gris y no azul, pero ahora se había hecho más oscuro, más negro, y la noche semejaba haber llegado antes, como ansiosa por cubrirlo todo y empujar hacia sus nidos a los pequeños habitantes del bosque, conejos, ratones y pájaros, buscando protección.

El automóvil, negro y brillante, rodaba a una velocidad moderada.

Frau Hortensie lo conducía con seguridad, quizá con una marcha más corta de lo que demandaba el motor por su velocidad y hacía ruido, un ruido de esfuerzo; pero a frau Hortensie le gustaba conducir así aquel coche grande, un Fiat 1500, que con sus faros barría la carretera tristemente solitaria.

Notaban el viento rozando contra la carrocería y aquel ruido, ya monótono, se unía al del motor que trabajaba para la segunda marcha mientras frau Hortensie tomaba las curvas por el centro de la carretera, con la casi seguridad de que nadie iba a venir en contra.

Frau Hortensie era una mujer robusta, de edad indefinida y piel blanco grisácea. Tenía algo de hombruna, en especial sus manos recias y duras, de huesos que podían golpear y causar dolor.

En el asiento posterior, encajada, viajaba madame Atro. Fumaba en una boquilla negra como toda su ropa, incluso la capucha que cubría su cabeza. Madame Atro era vieja, indefiniblemente vieja. Su

piel estaba cuarteada como el lecho de un río seco por una canícula exasperantemente tórrida. Madame Atro parecía un ser eterno, un ser sin niñez y al que no se le veía el fin. Sus labios ya tenían un color rojo oscuro que casi era morado. Sus ojos, pequeños y redondeados, lo parecían aún más porque semejaba carecer de cejas, ya que el pelo se confundía con la piel.

Frau Hortensie descubrió unos ojos luminosos en la lejanía. Ajustó su coche a la derecha y, luego, perdió de vista los faros que venían en dirección contraria al entrar en una curva cóncava. Como si la lluvia hubiera esperado que arribara a aquel lugar, más umbrío aún, cayó una rociada sobre el coche y el cristal parabrisas quedó totalmente perlado de gotas que brillaron.

Frau Hortensie accionó los limpiaparabrisas y comenzó el monótono zum-zum. Al salir de la curva, el pequeño camión se les echó encima; había resurgido de pronto, con sus cristales tan sucios de agua como los de las dos viajeras.

Frau Hortensie efectuó un giro a la derecha y sacó las ruedas del asfalto; casi las metió en la cuneta, cerca del tronco de uno de aquellos castaños que tiempo atrás debieron plantar para que brindaran sombra a quienes viajaban en carretelas y que ahora, para los automóviles, se habían convertido en un peligro.

Se produjo un estruendo. Frau Hortensie pisó el freno y el coche chirrió. Madame Atro miró por el cristal posterior; no se veía nada, la lluvia lo impedía.

—Se han estrellado contra un árbol —casi gruñó frau Hortensie con aquella voz oscura que para sí quisieran muchos muchachos.

—Sigue.

Frau Hortensie obedeció la orden sin poner la menor objeción. Atrás quedó el pequeño camión estrellado contra un árbol que había resistido muy bien el embate. Dentro de la cabina, un ser vivo gemía agónicamente. Tenía varias brechas e iba perdiendo sangre, lo mismo que el motor del vehículo perdía sus humores, agua, gasoil, aceite…

El zum-zum comenzó a rechinar ruidosamente y frau Hortensie lo desconectó. Ya no llovía, pero la carretera estaba mojada. Veinte minutos más tarde, el coche hizo un giro y se metió por un camino de tierra. A cien metros se levantaba una edificación oscura, casi siniestra. Era un alto muro con una verja de plancha hasta la altura

de dos metros y que no dejaba ver lo que había al otro lado del muro.

Sobre la gran puerta de hierro que parecía calcada de un presidio, faltándole sólo la garita con un centinela, había un arco de hierro pintado en negro con unas letras que en otro tiempo fueron doradas y brillantes y ahora, deslucidas y mohosas, pero en las que aún se podía leer: «ORFELINATO». Había otras letras debajo, más pequeñas, pero a falta de luz en aquel punto, el óxido y la lluvia, ya las hacían ilegibles.

Frau Hortensie apretó el claxon, fueron dos claxonazos largos, casi eternos.

Al otro lado se escucharon ladridos, y debían haber no menos de tres perros de voces poderosas que incluso arañaron con sus patas el hierro de la puerta por su lado interior, tratando de alcanzar de alguna forma a los intrusos que osaban aproximarse a aquel recinto cerrado y amurallado.

Se escucharon unas voces duras que hablaban con los perros pidiendo silencio. Los animales aflojaron la intensidad de sus ladridos, pero no callaron del todo.

Se abrió una rejilla y, a través de ella, dos ojos oscuros escrutaron el exterior. La luz del coche casi cegaba. La mirilla se volvió a cerrar con un chasquido metálico y se oyeron ruidos de cadenas. Pasaron breves minutos y, al fin, la puerta de hierro se abrió para dejar paso al automóvil negro que, sin esperar más, se introdujo en la senda que conducía ante la fachada principal de la edificación, tan oscura como todo lo que allí había, como los cipreses que se alzaban hacia el oscuro cielo.

Todo parecía negro porque hasta la luna semejaba excluida de aquel recinto. En aquellos momentos, no llovía, pero la tierra estaba muy húmeda y tan blanda que las ruedas del Fiat dejaron unas rodadas profundas, unas rodadas que posiblemente las internadas, al día siguiente, observarían con admiración, como símbolo de lo que había al otro lado del muro que las aprisionaba.

Los perros quedaron encadenados para que no molestasen; eran tres alsacianos negros como la misma noche. Sus ojos refulgían y sus colmillos reverberaban cualquier hálito de luz, haciéndose siniestros y amenazantes a los intrusos o incluso para las internadas, que los temían como a los mismísimos demonios, pues siempre

corría la historia entre ellas, y en voz de cuchicheo, de que en una ocasión una interna había tratado de escapar y fue atrapada por los tres perros, que la devoraron. Se seguía contando que a la mañana siguiente de la tragedia, no se les permitió salir a los jardines y, al otro día, una de las chicas encontró un pedazo de tela de la que usaban como batas de uniforme y que estaba rasgada como por colmillos.

Nadie más volvió a hablar de la fugitiva, pero los ecos de la historia jamás se perdían del todo y afloraban con virulencia cada vez que alguna de las recluidas pensaba en abandonar aquel lugar tan agobiante.

Los perros, desde que sonaba la campanilla anunciadora de la cena hasta la campanilla del desayuno, deambulaban sueltos alrededor de la edificación y no se conocía que jamás ninguna interna hubiera conseguido hacerse amiga de uno de aquellos feroces animales que semejaban eternos. Lo que las muchachas no sabían era que cuando uno moría, era suplido por otro muy parecido, de tal manera que los perros semejaban tener vida eterna.

Frau Hortensie se apeó del coche tomando las llaves del contacto.

Al porche salieron a recibirlas tres mujeres, dos de ellas portando candelabros con velas encendidas. La que iba con las manos vacías se esforzaba en sonreír, como disculpándose.

—Bienvenida, madame Atro, bienvenida, frau Hortensie.

Frau Hortensie abrió la portezuela del Fiat para que se apeara madame Atro, que saltó sobre el empedrado para huir del barro. Madame Atro era bajita y seca, agria y dominante en todas sus expresiones.

—¿No hay luz?

—No —se apresuró a decir la directora del orfelinato—. Como hay tormenta y ya se sabe que las cosas no siempre funcionan muy bien… He llamado a la compañía eléctrica y dicen que debe haber caído alguna rama sobre el tendido eléctrico, que ya han salido unos operarios para buscar la avería.

Madame Atro ya no la escuchaba. Con su paso menudo y rápido se introdujo en el amplio vestíbulo del orfelinato, un vestíbulo que casi se podía calificar de regio, bien pintado y arreglado dentro de una austeridad con cierto estiló. Las vigas del techo estaban bien

barnizadas y, entre ellas, los techos eran impensablemente blancos pese a que no podían verse bien bajo la luz de las velas.

Una de las vigilantes se colocó junto a madame Atro para que no le faltara luz. Ésta alzó su mano como para que se detuviera toda la comitiva de mujeres y en su dedo corazón brilló un singular anillo que casi le ocupaba toda la falange. Era un anillo que representaba unas tijeras cuyas puntas miraban hacia el extremo final del dedo.

—Llevo prisa, no puedo entretenerme mucho. La directora se adelantó, diciéndole:

—Como la esperábamos, todo está preparado. Les he dispuesto cena, es una noche fría y no irá mal que…

—No —cortó—, no vamos a cenar. Vamos a la sala de danza.

Madame Atro sabía muy bien cómo estaba distribuido aquel centro que recogía y educaba huérfanas, por ello se encaminó resuelta a la escalera y subió por ella seguida de las demás mujeres. Era una comitiva que parecía fúnebre, velas, ropas oscuras… El frío se notaba en el ambiente, no había calefacción alguna y a medida que se alejaban del vestíbulo, las paredes se hacían más grises, feas y sucias, más desconchadas y hostiles.

Caminaron por un amplio pasillo en el que se abrían varias puertas. Allí estaban los comedores, las aulas… Los dormitorios de las internas se hallaban orientados hacia el Norte en la fachada posterior y las ventanas (según se decía, para seguridad de las niñas, para que no pudieran caerse al vacío) estaban enrejadas. Desde cierta distancia daban la impresión de ser una cárcel, pues las rejas no eran más que barrotes verticales, con un horizontal que servía para reafirmar y hacer más resistente la reja.

La sala de danza tenía varios candelabros y ardían más de una docena de velas, llenando el ambiente de olor a cera. El suelo era de *parquet* y en las paredes había grandes espejos picados por el tiempo y las humedades que se filtraban a través de las paredes.

Un grupo de seis niñas, enfundadas en maillots negros, aguardaban allí haciendo esfuerzos para que no les castañetearan los dientes, pues sentían el frío en sus cuerpos, en sus pies, en sus manos y hasta en sus espíritus.

Esperaban a lo desconocido, aquellas visitas que se sucedían periódicamente, pero nunca se sabía cuándo iban a producirse. Solía suceder de aquella forma: una noche se presentaba madame

Atro acompañada de frau Hortensie y a un grupo de escogidas se las hacía danzar. Quienes habían visto a la dama de las tijeritas en el anillo ya no la olvidaban jamás. Algunas habían llegado a comentar que aquella extraña mujer era la muerte misma y de las muchachas que se llevaba, ya no se volvía a saber más, por eso todas la esperaban con temor.

Madame Atro miró a las muchachas; todas llevaban el cabello recogido en la nuca formando una cola de caballo. Se acercó más a ellas y las observó una a una minuciosamente.

Se detuvo frente a una de las chicas, levantó la mano y le apretó las mejillas haciéndole abrir la boca. Le revisó los dientes, murmuró algo en voz baja y la dejó. Después, pasó a otra cuyo cabello era de un rubio albino muy hermoso. Madame Atro le exigió:

—¡Mírame!

La mujer que sostenía un candelabro, sin que se lo ordenaran, se acercó más para que los ojos de la muchacha pudieran ser admirados.

—Dame la mano.

La joven, temerosa como todas y muy cerca de la barra que se hallaba junto a los espejos y a la cual se agarraban para realizar los ejercicios, alargó su mano con miedo, como si tuviera que acercarla al fuego.

Madame Atro observó con mucha atención la palma de su mano.

—¿Cómo te llamas?

—Aurea —respondió con una voz tenue que semejaba ir a romperse. Era una muchacha ya formada y con todos los atributos de su sexo bien moldeados por el maillot negro.

—Tienes la línea de la vida muy larga. ¿Sabes lo que eso significa?

—Pues no sé. ¿Qué viviré mucho, quizá?

—Sí, hasta que corten tu hilo de la vida con unas tijeras, pero eso puede ser dentro de largos años…

Se apartó de ella y siguió mirando a las jovencitas. Madame Atro era muy exigente y la directora del centro lo sabía. Se detuvo ante cada una de las muchachas y pareció llamarle la atención también otra de las jóvenes ya formadas.

—¿Cómo te llamas?

—Bruna.

—Tu piel es algo tostada, tu cabello negro azabache. Eres de una hermosura latina, muéstrame tu mano.

La observó sin hacer comentarios y, de esta forma, revisó hasta la última de las seis muchachas. Después se retiró hacia atrás y ordenó a frau Hortensie:

—Aporrea el piano, vamos, no quiero perder mucho tiempo.

Sobre el piano vertical había ya dos candelabros y una de las vigilantes colocó una partitura en el atril. Frau Hortensie abrió las hojas de pentagrama, las examinó con atención y al fin, como dándoles el visto bueno, comenzó a tocar.

Sus dedos ásperos, duros, dedos capaces de partir labios a bofetadas, comenzaron a pulsar las teclas con la seguridad de una profesora de piano. Quizá, si le faltaba algo, era ese halo que sólo puede dar el genio que hace fluir el arte por las yemas de sus dedos.

Una de las vigilantes dio unas palmadas y las muchachas, que habían estado sufriendo el frío, comenzaron a moverse con el temor de que sus pies, sus piernas, sus manos, ya no respondieran por hallarse ateridas.

Madame Atro observó primero a distancia las evoluciones de las muchachas.

La pieza musical era dura, ardua, había sido compuesta para conseguir que las danzarinas de *ballet* demostraran al máximo sus posibilidades. La vigilante encargada de la danza amenizaba la música con palmadas que hacían cambiar el ritmo de las bailarinas que se sostenían sobre las puntas de sus pies y evolucionaban demostrando un gran dominio de su cuerpo.

Madame Atro se filtró entre las chicas. Sus ojos pequeños, redondos, como faltos de cejas, metidos en el rostro de piel grisácea y cuarteada, fueron valorando a aquellos finos y jóvenes cuerpos femeninos. Las muchachas sabían bien que un error podía costarles sentir sus espaldas dolorosamente marcadas por terribles fustazos dados por una vara de fresno y luego, una semana, quizá quince días, a pan y agua en la soledad de un cuarto hostil que, sin eufemismos, no era otra cosa que una celda situada en la buhardilla donde el frío se agudizaba.

La directora no hacía más que seguir con la mirada los pasos de madame Atro y las vigilantes se hallaban en tensión, esperando. Madame Atro era una de las principales benefactoras económicas

del centro.

Todas las muchachas se esforzaban por bailar lo mejor que sabían. Extraían la esencia de la danza del interior de sus jóvenes cuerpos, pero había angustia dentro de ellas, angustia y temor. El frío, poco a poco, se alejaba de ellas ante los esfuerzos físicos que realizaban.

Frau Hortensie dejó de pronto de tocar el piano. La última nota se había desprendido del pentagrama y en el piano sonó fuerte, concluyente.

Las muchachas quedaron quietas, expectantes; su respiración era jadeante y, pese al frío, algunas de ellas estaban perladas de sudor. Habían pasado mucho tiempo para conseguir aquellos movimientos que eran expresión de lo que podían llegar a realizar y significaban un total dominio de sus cuerpos, una total actuación y flexibilidad de cada uno de sus músculos, una mentalización perfecta sobre lo que se estaba haciendo.

Madame Atro se enfrentó a las jóvenes y señaló primero a Bruna y después a Aurea. Llana y simplemente, como el militar que ha capturado a unos guerrilleros y se dispone a ejecutar a uno para atemorizar a los demás, les dijo:

—Tú y tú…

Las otras muchachas quedaron en cierto modo defraudadas pese a que a todas les inspiraba un miedo cerval tener que marcharse con aquellas enigmáticas mujeres, pero también les daba miedo continuar encerradas en aquel centro pese a que ya habían dejado de ser niñas.

Algunas terminaban allí como vigilantes y prácticamente no llegaban a salir jamás de aquel siniestro recinto. Otras, se marchaban y a las demás no se les explicaba adónde iban. Ninguna escribía a sus ex compañeras o, si lo hacían, las cartas eran interceptadas.

—Aurea, Bruna, a vestiros, rápido —ordenó la directora—. Las demás, a la ducha y a dormir.

Señaló a dos vigilantes para que las acompañaran a las duchas de agua fría, gélida, que caería sobre sus cuerpos, estremeciéndolos.

—Vamos —dijo madame Atro a la directora.

Las dos mujeres se alejaron hacia el despacho de la directora del centro, un despacho regio y umbrío aun a la luz de un día

espléndido.

—Se lleva a mis dos mejores internas.

—Me entregará sus respectivas documentaciones, como siempre. En adelante dependerán de mí, de mi *ballet*.

—¿Y cosechan éxitos?

—Naturalmente, aunque hay mucha gente que no sabe valorar el verdadero arte de la danza. En fin, tampoco somos un *ballet* comercializado; del Esfíngides Ballet salen valiosas danzarinas, que pasan a engrosar los conjuntos de los *ballets* más importantes del mundo.

—Algún día me gustaría verlas actuar.

—Es difícil; además, a las chicas se les cambia el nombre por razones comerciales. En fin, arreglemos este asunto, que hemos de proseguir viaje.

—Ahora le daré las documentaciones. —Suspiró de nuevo, ostensiblemente—. Aurea y Bruna, las mejores, las mejores… —repitió como quién sufre al tener que desprenderse de algo muy valioso—. Ya de pequeñas noté que podían ser importantes y por ello comían en el comedor de las elegidas. Han crecido más robustas, fuertes y resistentes. Las otras, quiero decir, las que no son destinadas a la danza, son medio tontas, no se les puede dar comida selecta, es lógico, y a pesar de todo, algunas engordan y engordan, aunque luego no tienen fuerza. Estas danzarinas cada día resultan más costosas, el alimento es caro, todo sube y sube…

—No gruña más; los alimentos extras de las elegidas para la danza se consiguen quitándoselos a las otras.

Antes de que la directora pudiera protestar, madame Atro sacó una bolsa oscura de entre un pliegue de su vestido y de su interior extrajo un fajo de billetes que contó con minuciosidad mientras la directora observaba tragando saliva con la boca cerrada, sin atreverse a decir nada.

Madame Atro hizo dos montones con los billetes y dijo:

—Cien mil por cada una; antes eran cincuenta mil, ya ve que comprendo sus quejas.

—Oh, sí, claro que sí, madame Atro, es usted siempre tan generosa… Si no fuera por usted, creo que este centro no podría subsistir como entidad privada. Tendríamos que pedir la protección estatal y, entonces, se meterían aquí esos inquisitivos funcionarios y

todo lo revolverían. Empezarían a dar órdenes y no comprenderían nuestra labor educativa. Proporcionamos a muchas familias importantes empleadas de hogar escogidísimas, chicas que carecen de rebeldía y que son sumisas, sin fantasías estúpidas, y en cuanto se les da un poco de sobrealimentación toman fuerza y sirven como ninguna. En fin, hay chicas para muchas cosas y los funcionarios no lo entenderían.

Tomó los billetes y los guardó rápidamente en un cajón.

—Acuérdese de que usted va no sabe nada de esas muchachas, absolutamente nada, yo les proporciono documentaciones nuevas. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, sí, y una entidad como la nuestra no tiene problemas. Siempre existirán mujeres que abandonan a sus hijos para no hacerse cargo de ellos. Si son niños, los entregamos a otra institución masculina con la que estamos conectadas y, si es niña, no se hace la declaración oficial y luego se van cambiando los registros. Si alguna muchacha se va como ahora se irán Aurea y Bruna, en este centro no se notará, seguiremos teniendo las mismas que están registradas, es decir, todavía tenemos algunas de excedente.

—Veo que lleva muy bien su labor. Seguiré viniendo por aquí cada vez que lo necesite.

—Naturalmente, madame Atro, la estaremos esperando siempre.

Poco más tarde, en el amplio vestíbulo aguardaban las dos muchachas vestidas con las batas del orfelinato. Su equipaje eran sus manos vacías y el temor al futuro y a madame Atro, pero ¿qué podían hacer ellas si no obedecer? Desde la infancia se les había enseñado con la vara de fresno y los castigos más severos qué era exactamente lo que tenían que hacer.

Aisladas en aquel centro amurallado, habían permanecido ignorantes del resto del mundo, ignorantes de los avances de la civilización, de la libertad que gozaban muchas gentes que se quejaban precisamente de falta de libertad, sin saber exactamente lo que era carecer de libertad, como sí carecían aquellas muchachas cuyas filiaciones eran cambiadas a conveniencia según a qué se las pudiera destinar. De esta forma, se les robaba hasta la personalidad y eran convertidas en máquinas de trabajar y servir allá donde fueran colocadas.

—¡Aurea, Bruna! —interpeló la directora.

Las dos chicas, con los brazos pegados a lo largo de sus cuerpos, quedaron muy quietas, como se las había enseñado a estar en presencia de una superiora.

—En adelante obedeceréis a madame Atro como a mí misma. No discutiréis ninguna de sus decisiones. Gracias a su bondad, a su generoso corazón, entraréis de verdad en el mundo de la danza. Llegaréis a los escenarios y triunfaréis ante los públicos más exigentes, conoceréis una vida distinta. Sois afortunadas porque sois las elegidas; vuestras compañeras tendrán peor suerte. En realidad, habéis sido escogidas hace mucho tiempo, desde que se os empezó a alimentar mejor para que pudierais danzar como lo habéis hecho…

La directora continuó hablando. Después, se abrió la gran puerta del orfelinato y Aurea y Bruna, sin osar cambiar una sola impresión, subieron al coche y aquélla fue la primera vez en su vida que subieron a un vehículo.

Madame Atro se acomodó en la parte posterior junto a las dos muchachas que abandonaron el internado. Se cerraron las portezuelas y frau Hortensie puso en marcha el Fiat 1500 que barriendo la oscuridad con sus faros rodó hacia la salida del muro, hacia la verja que se abría.

Las dos muchachas pudieron ver a los tres feroces perros guardianes encadenados, que ladraron al paso del vehículo.

Cuando las puertas se cerraron tras el auto que regresaba a la carretera, comenzó a ensuciarse el cristal parabrisas y frau Hortensie puso en marcha los limpiaparabrisas. Zum-zum-zum, escuchaban las dos jóvenes que eran transportadas hacia lo desconocido.

Íntimamente no podían evitar sentir cierta satisfacción por alejarse del orfelinato en el que habían pasado tantos años como ambas tenían.

Frau Hortensie, con una marcha corta, haciendo roncar el motor pero sujetando las ruedas al asfalto, que se tornaba resbaladizo por el aguanieve, no parecía preocupada por el pésimo tiempo.

Madame Atro levantó la mano y mostró su extraño anillo.

—¿Sabéis lo que es esto? —preguntó.

Las dos muchachas se miraron la una a la otra. Fue Bruna quien respondió:

—Unas tijeritas.

—Exacto, unas tijeritas. Todos tenemos una vida, una vida que es un hilo muy largo, como el que teje una araña; pero llega un día en que aparecen unas tijeras y cortan ese hilo, acabándose la vida. ¿Comprendéis?

Las dos chicas asintieron con la cabeza; comprendían que las tijeras simbolizaban la muerte.

—Sed obedientes y sumisas y vuestro hilo será largo, muy largo; de lo contrario, estas tijeritas cortarán vuestro hilo, no lo olvidéis.

El automóvil negro, rasgando las tinieblas bajo el aguanieve, se alejó hacia un mundo que ni Aurea ni Bruna habían visto jamás.

CAPÍTULO II

La joven de cabellos trigueños estaba ligeramente nerviosa. De cuando en cuando, observaba de reojo al hombre que conducía el lujoso automóvil con seguridad.

Era la primera vez que se decidía a aceptar la invitación de un hombre y aquél era casi un extraño, el padre de una amiga compañera de colegio. Un padre joven, de sienes plateadas, que había causado una grata impresión entre fas muchachas de clase y suscitado infinidad de comentarios.

Erika estaba orgullosa de haber sido ella la que consiguiera atraer a aquel hombre de fáciles éxitos mundanos. Debía admitir que se le había insinuado repetidas veces, demostrándole su radiante juventud con su flexibilidad, con sus fáciles risas, con la tersura de su piel aterciopelada.

Aquel hombre, aun siendo ya padre de una joven adolescente, tenía mucho *charme*, se llevaría a cualquier mujer de proponérselo. Era elegante, guapo, de fácil y susurrante palabra.

Las chicas solían hablar en contra de los hombres que habían rebasado la treintena y aseguraban preferir a los jóvenes que gustaban de la música agresiva, pero cuando aparecía un ejemplar como Hans, con su personalidad, con sus aires de haberlo vivido todo, las féminas se fijaban en él indefectiblemente. Y aquel hombre no parecía tener muchos reparos en salir a escondidas con una compañera de colegio de su hija, que semejaba enamorada de su padre y no se abstenía de manifestarlo así delante de sus amigas y compañeras, alegando que ellas no tenían un padre tan interesante.

—¿Nerviosa?

Erika sonrió levemente y admitió.

—Un poco.

—Pondremos música.

Introdujo en el radiocasete una cinta en la que estaban grabadas piezas musicales agradables pero romanticonas; *Petit Fleur*, *Fascinación*, *El humo ciega tus ojos*, y algunos recordatorios de The Platters. Erika cerró los ojos para escuchar.

—¿Es la primera vez que…? Bueno, ya me comprendes.

—Ajá —aprobó ella con los párpados cerrados y temiendo sonrojarse.

—¿Miedo?

—No sé —confesó con sinceridad—. ¿Adónde vamos?

—Eres muy joven y es mejor que no haya ojos indiscretos. Verás como todo es sencillo, la vida sigue y tú tendrás una experiencia nueva.

Erika tragó saliva y llenó su mente de música porque no deseaba pensar en nada más mientras el lujoso automóvil barría la noche con sus faros. No era tarde, pero la noche estaba ya cerrada. El cielo estaba libre de nubes y hacía mucho frío, un frío de desnudez donde las estrellas brillaban como luciérnagas en la tierra.

El coche se salió de la carretera y con marcha reducida, salvando baches, se introdujo en la campiña hasta quedar entre un grupo de árboles de alta copa. Aquel lugar siempre estaba oscuro debido al follaje perenne y a los abundantes arbustos. No era fácil descubrir el automóvil desde la carretera, que no distaba más de doscientos pasos.

Hans detuvo el coche y cerró las luces, pero encendió una pequeña luz morada que iluminó suavemente el interior del vehículo, sin que pudiera decirse que llamara la atención a lo lejos. Los faros de posición y las luces posteriores se hallaban apagados.

—Dejaremos el motor en marcha, de esta forma tendremos calefacción. Hace mucho frío afuera, pero dentro estaremos bien.

—¿Aquí dentro? —repitió Erika, un poco desilusionada.

—Por hoy, mejor así. Otro día ya buscaremos un lugar mejor. Mi chalet no está en un lugar solitario y podrían verte Ya sabes, tengo familia, mi hija… No querrás que ella se entere, ¿verdad?

—No, claro que no, pero…

Hans abrió un minibar acoplado por la parte interior de la portezuela. Sacó una botella pequeña, escanció *whisky* dentro de un vaso y tomó un comprimido, que dejó caer dentro del líquido.

—Con esto te sentirás mejor.

—¿Qué es?

—Esta noche no hagas preguntas, déjate llevar y todo irá mejor. La primera vez todo es siempre un poco más difícil, esto te ayudará.

—No, no quiero drogas.

—No son drogas; bueno, no como eso que te dicen. Anda, bebe.

Erika tomó todo el contenido que incluía la pastilla y Hans bebió directamente de la pequeña botella. La guardó luego en el minibar, movió un resorte y el respaldo de los asientos delanteros se fue hacia atrás, hasta quedar al mismo nivel que los asientos posteriores, formando una superficie bien acolchada que podía utilizarse como cama en casos de emergencia.

Erika estuve a punto de caerse hacia atrás y, manteniendo el equilibrio, se echó a reír. El calor seguía fluyendo suave y agradable, incluso con aroma a pino, llenando el interior del auto. Mientras, afuera, el tiempo frío lo invadía todo.

Por el tubo de escape iba saliendo gas en poca cantidad, que delataba que la vida del motor estaba en activo.

Hans quitó el vaso de la mano a Erika. Le alzó el jersey y le puso las manos en el costado, buscando la piel, aunque encontró la suavidad de un viso corto. La atrajo hacia sí y la besó despacio en los labios, despacio pero profundamente.

Erika tuvo vacilaciones, le costaba ceder, mas comenzó a notar la falta de aire y abrió la boca para aspirar con más fuerza y rapidez. Notó que sus ojos enfebrecían.

Hans se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se la quitó también; luego, la camisa y apareció el torso desnudo con un vello abundante que atrajo la mirada femenina.

—¿No, no será doloroso? —preguntó, vacilando su respiración y su voz, una voz que no se hubiera podido oír tres o cuatro palmos más lejos de donde brotaba.

—Tonta.

Hans cogió las manos de la muchacha y las puso sobre su piel. Notó que los dedos femeninos temblaban.

Una oleada de intenso calor invadió a Erika. Hans le soltó las manos. El hombre se dedicó luego a desabrochar el jersey femenino.

—Hans, Hans, ¿me quieres, me quieres?

El cuerpo masculino cubría el femenino y ambas pieles

contrastaban por la diferencia de color y la abundancia de vello del hombre.

El coche se había tornado terriblemente cálido y la boca de Erika quedaba sellada, mordida.

Hans sabía que debía tener cierto cuidado, no podía apresurarse, el tiempo no contaba para aquel juego amoroso, el primero de Erika.

Su cuerpo se perlaba de sudor y notaba extrañas sensaciones cargadas de luz, de color. Era como un cambiante calidoscopio, cuando comenzó a oír un ruido chirriante e insistente, un ruido que comenzó a resultarle obsesivo y cada vez la arrancaba más y más del juego del amor, mientras Hans seguía y seguía.

De pronto, pese a la escasa luz, Erika vio que los cristales del coche se habían llenado de mariposas, multitud de mariposas.

—¡Hans, Hans!

—¿Qué pasa? —preguntó él con la voz muy ronca.

—¡Mariposas, mariposas!

—No te preocupes, es lo que has bebido —trató de calmarla al ver que el nerviosismo de la joven aumentaba.

—¡Mariposas, muchas mariposas!

Hans suspiró, algo molesto pero tratando de demostrar paciencia. Se volvió hacia las ventanillas y pudo ver también las mariposas pegadas a los cristales.

—Es cierto, está lleno de mariposas nocturnas, pero ¿qué importa eso? No nos pueden hacer nada, no pueden entrar.

—No me gusta, Hans, no me gusta, es como si miles de ojos nos estuvieran observando, no me gusta.

—No seas niña, ¿qué pueden hacernos? Nada, no pueden entrar. Tú y yo estamos solos aquí amándonos dentro del coche, se está caliente y es blando. ¿No es verdad?

—No me gusta, no me gusta —repitió Erika.

Dispuesto a ser paciente, Hans se hizo a un lado dejando libre a la joven.

—Te has puesto nerviosa, no te preocupes. Fumaremos un cigarrillo, tenemos tiempo.

Bruscamente, Erika chilló, llenando el coche con su grito. Hans, sobresaltado, la miró incrédulo.

—¿Qué demonios te pasa ahora?

Erika señalaba con su dedo índice el cristal parabrisas.

Al otro lado, frente al coche, había una mariposa enorme, gigantesca. Su rostro era una calavera humana que les observaba fijamente desde el exterior.

—¿Qué broma es ésta? —masculló Hans entre irritado, colérico y también asustado.

—¡Tengo miedo, tengo miedo, vámonos! —suplicó Erika encogiéndose sobre sí misma, deseando ansiosamente hallarse vestida con la ropa que había quedado esparcida por todo el coche.

Hans saltó sobre el volante sin preocuparse de vestirse. Encendió los faros y la gran mariposa se iluminó de lleno, avivándose sus colores negros y amarillos. Era una mariposa europea, la *aqueroncia atropos*, vulgarmente llamada mariposa de la muerte, pero jamás se había visto una mariposa tan grande mientras un enjambre de mariposas pequeñas se pegaba a los cristales, dificultando la visión.

Hans quiso hacer rodar el coche hacia delante para embestir a aquella mariposa que no se movía mientras les observaba fijamente con su rostro de calavera humana.

De pronto, el coche sufrió unos temblores y el motor se detuvo.

—¡Maldita sea, ponte en marcha, cuerno! —masculló Hans furioso, dándole al contacto con la llave.

Se escuchaba el chirrido del motor que no quería volver a arrancar, una y otra vez falló. El coche no obedecía y la intensidad de luz de los faros descendió a causa del excesivo gasto de la batería.

—¿Qué pasa, por qué no nos vamos? —preguntó Erika encogida sobre los asientos convertidos en cama.

—Esto es una maldita broma y no entiendo por qué ocurre, pero ya lo arreglaré.

Hans tomó los pantalones y se los puso. Abrió la guantera y sacó una pistola, empujó luego la portezuela y salió a la noche mientras un buen número de mariposas semejaban echarse sobre Erika, que comenzó a gritar manoteando para quitárselas de encima, temiéndolas tanto como si fueran furiosas avispas.

Hans cerró de un portazo y buscó a la mariposa gigante. De pronto, notó un fuerte viento y alzó la mirada, viéndola volar sobre él, batiendo alas. Disparó contra ella una y otra vez, mas la mariposa no caía. Por encima del coche aparecieron otras que se le

echaron encima y entonces se dio cuenta de que el cuerpo era de mujer y las manos tenían larguísimas y afiladas uñas que cayeron sobre él hundiéndose en sus carnes.

—¡Nooooo, nooooo!

La sangre salpicó el cristal que Erika tenía más cerca de su cara. Vio cómo las uñas desgarraban la carne de Hans, que no comprendía nada y creía volverse loco en medio de aquel ruido chirriante. Las estridulaciones eran ensordecedoras mientras las pequeñas mariposas se le pegaban a la cara.

—¡Abre, abre! —chillaba Hans golpeando las portezuelas cerradas, que no se abrían pese a que él había salido unos instantes antes.

A su espalda, las terribles uñas lo desollaban vivo, le arrancaban la piel y la carne y la sangre se escurría por su cuerpo. Hans fue desfalleciendo.

Erika, apartando las mariposas que se le pegaban hasta en los ojos, pudo ver cómo las manos del hombre, tratando de agarrarse al cristal, se deslizaban hacia abajo hasta desaparecer.

Erika, que aún podía ver gracias a la escasísima luz morada que iluminaba el interior del coche, pudo ver varias calaveras, eran las mariposas gigantes.

Todo tenía que ser una pesadilla alucinante, algo extraña e incomprensible. No podían existir semejantes mariposas gigantes, con cabezas de calavera y largas antenas prismáticas que se movían como buscando ondas que captar.

Los macabros insectos lepidópteros que rodeaban el coche comenzaron a empujarlo poco a poco… Erika, aterrada, se vio trasladada dentro del vehículo hasta que llegaron a una pendiente y el auto se deslizó más aprisa. Las mariposas quedaron atrás, con las alas desplegadas.

El coche cayó al fin sobre una ciénaga y comenzó a hundirse lentamente. Erika apenas se daba cuenta de ello y tenía la impresión de hallarse sobre un bote en medio de un lago. No tardó en ver que el barro subía y subía. Quiso abrir las portezuelas y ya no pudo.

Se fue hundiendo inexorablemente, como encerrada dentro de un ataúd de lujo del que no podía escapar. Desesperada, comenzó a golpear los cristales y el techo mientras un buen número de

mariposas de la muerte revoloteaban en torno a su cuerpo desnudo.

CAPÍTULO III

La edificación era en realidad un palacete de estilo francés lo mismo que los amplios jardines que lo rodeaban y que terminaban donde comenzaban los bosques que podían verse a cierta distancia.

Posiblemente, algún valido del siglo dieciocho habría levantado aquella edificación como residencia de campo, pero era difícil que jamás hubiera acudido oficialmente ninguna persona de la realeza europea.

El palacete debía haber pasado por algún incendio; también había sufrido algunos destrozos en la guerra europea, pero ahora se podía ver no sólo reconstruido sino remozado totalmente, y sus jardines cuidados con esmero.

No había más muro que el de la fachada que daba a un camino particular y en el que se centraba una alta verja de hierro que recordaba la verja de entrada de Versalles; no obstante, los campesinos que vivían en la villa que se hallaba a media docena de kilómetros de distancia, no tenían ningún deseo de acercarse por aquel lugar, ya que se rumoreaban cosas extrañas que algunos achacaban a leyendas sin fundamento. Otros aseguraban que eran historias ciertas y todos evitaban acercarse a los jardines, que se sabía eran cuidados por unos tipos que no procedían de la región y que jamás bajaban al pueblo, unos tipos que vestían de negro y que semejaban monjes.

Nadie sabía nada de ellos, ni siquiera bajaban al pueblo para comprar alimentos o abonos para las plantas, aunque se sabía que allí había por lo menos un furgón que de cuando en cuando salía del palacete y se dirigía a la carretera, alejándose hacia algún lugar posiblemente para proveerse de cuanto les hiciera falta sin tener que responder preguntas de nadie ni ser objeto de miradas

indiscretas o inquisitivas.

En aquellos momentos había cuatro hombres trabajando como jardineros. Vestían un sayo pardo, más propio de monjes. Si alguien se les hubiera acercado, habría visto unos rostros sonrientes de mirada estúpida. En realidad, eran idiotas con un coeficiente de inteligencia por debajo del sesenta, pero se les había enseñado a trabajar en jardinería y cumplían su labor perfectamente.

Como era lógico, estaban dirigidos por alguien más inteligente que ellos que les marcaba el trabajo. Ese alguien era una mujer de rostro adusto, mirada inflexible y voz flagelante, una mujer que vestía un sayo como ellos y a distancia no se la podía distinguir de aquellos idiotas convertidos en servidores del palacete.

De raparles el cráneo, se habrían descubierto pequeñas cicatrices, pues todos habían sido intervenidos quirúrgicamente con el pretexto de mejorar su potencial mental. Lo que se les había hecho era introducirles pequeños electrodos con unos minireceptores que a distancia y por radio captaban ondas muy sencillas, muy simples, pero que provocaban dolor o sensación de descanso.

Según la orden radial recibida, sus cerebros actuaban en consecuencia. Se quedaban quietos, iban a su comedor o se retiraban a su celda común para dormir en sus catres, o bien se tornaban violentos sí el dolor era intensísimo. Esta última orden provocativa se utilizaba cuando algún intruso se acercaba a la propiedad.

Asimismo, media docena de perros que andaban sueltos por los jardines captaban muy bien la alarma de ultrasonido y, cuando ello ocurría, los animales comenzaban a ladrar con ferocidad y a buscar en derredor a quien poder atacar, de forma que lo que semejaba un lugar accesible como los jardines cuando se llegaba desde los bosques, no lo era tanto, ya que siempre había vigilantes en alguna de las ventanas del palacete.

Los servidores idiotas, si llegaban a ser interpelados por alguien, se limitaban a sonreír, a no responder y a seguir con su trabajo. Nada podían decir aquellas mentes vacías y a la vez controladas, programadas, sin que ellas mismas pudieran darse cuenta de ello.

Áurea y Bruna llegaron de noche al palacete cuya situación ignoraban, entre otras cosas porque poco sabían de países, de

ciudades o regiones.

Les había producido una buena impresión al entrar. El palacete se veía hermoso dentro de un barroquismo repleto de dorados y paredes tapizadas con seda. No pudieron ver demasiado ya que fueron conducidas directamente al pabellón de dormitorios.

—Desnudaos —ordenó frau Hortensie, pues madame Atro nada más llegar había desaparecido de su vista sin decirles nada.

Acostumbradas a obedecer, las jóvenes no pusieron reparos a desnudarse totalmente. Frau Hortensie, las revisó con sus ojos inquisitivos, como si buscara alguna posible medalla o anillo, alguna señal en sus cuerpos jóvenes y elásticos, preparados para la danza.

—Bien, ahora meteos en las bañeras —les dijo cuando se hallaban en la sala de baño donde no había menos de treinta bañeras, separadas unas de otras por mamparas.

Lo mismo Aurea que Bruna, por primera vez en sus vidas, conocieron lo que era el agua caliente y el aroma de las sales.

—Que el baño sea completo y profundo. Si se os encuentra el cabello sucio, os será cortado al rape —advirtió frau Hortensie—. Tenéis jabón desinfectante, venís de un orfelinato y éste es un lugar limpio, no queremos piojos ni ninguna clase de parásitos, la vida va a cambiar en adelante para vosotras.

Una mujeruca vestida con sayo pardo (todos los servidores del palacete lo usaban y así se les distinguía con facilidad) miró a las dos muchachas que se enjabonaban con cierto placer, jamás sentido antes. Frau Hortensie le ordenó:

—Recoge toda la ropa y llévatela.

Toda la ropa de las dos muchachas fue a parar a una cesta y, de allí, al crematorio. De esta forma se cortaba su vínculo con el pasado, el cordón que las unía con el orfelinato en el que habían pasado toda su niñez y adolescencia.

Frau Hortensie ejercía sobre ellas una vigilancia absoluta y si las muchachas hubieran sido más avisadas, habrían distinguido un brillo de placer en sus pupilas cuando su mirada se paseaba por los jóvenes cuerpos.

El agua del baño no sólo olía a pino y a limón sino también a cloro, de tal forma que no habría parásito que resistiera a aquella desinfección hecha en profundidad.

—Ahora, a las duchas, para enjuagaros bien —les ordenó.

Aurea y Bruna salieron de las respectivas bañeras. Una a otra no se habían visto, ya que la mampara las aislaba. Situada frente a ellas, frau Hortensie las había controlado a ambas.

Bruna y Aurea sintieron el placer de una ducha caliente sobre sus cuerpos, que quedaron con la piel sedosa y perfumada, totalmente limpia. Les resultaba tan grande el placer de hallarse bajo el agua caliente, desconocida hasta aquel momento, que se hubieran pasado allí horas y horas, recibiéndola sobre su carne.

Frau Hortensia, cargada con dos grandes toallas, se acercó primero a Bruna y le cerró el grifo del agua. Frente a su cuerpo empapado, desplegó una toalla y se la puso encima, frotándola ella misma y notando entre sus manos las redondeces de la joven.

—Vamos, sigue secándote tú misma —le ordenó, siempre con voz dura. Bruna quiso buscar la mirada de frau Hortensie, pero ésta la rehuyó.

La mujer cerró también el grifo de Aurea y, abriendo la toalla, comenzó a secarla.

—Ya, ya lo haré yo misma —dijo la muchacha.

Frau Hortensie no le hizo caso y continuó secándola. Sin ocultar una sincera admiración, dijo:

—Eres muy bonita, tienes un cuerpo perfecto.

A Aurea le molestó tanta atención por parte de frau Hortensie.

Envueltas en las toallas, las condujo a los dormitorios. Eran individuales y algo pequeños, pero grandes si se comparaban con algunos del orfelinato.

La cama tenía barrotes dorados con gran dosel, mesita de noche, un armario y cómoda. Sobre la cama, en la pared, había un cuadro con una gran mariposa que llamó la atención de Aurea.

—¿Te gusta?

—Es una mariposa extraña ¿verdad, frau Hortensie?

—Es la esfíngida *aqueroncia atropos*, vulgarmente llamada mariposa de la calavera o mariposa de la muerte.

—¿Mariposa de la muerte?

—Sí, fíjate que en el dorso tiene como una calavera con unas tibias cruzadas.

—Es cierto. ¿Se la han pintado expresamente?

—Oh, no, es que ese tipo de mariposa tiene ese dibujo, por eso

se la llama mariposa de la muerte.

—No la había visto nunca.

—Es una mariposa que abunda en Europa, pero es nocturna, por ello la mayoría de la gente no la conoce. Es una mariposa que vuela muy rápido y estridula con fuerza.

—¿Estridula, qué es eso de estridular? —preguntó Aurea todavía envuelta en la toalla y con su cabello rubio platino, largo y sedoso, aún mojado.

—Estridular es el ruido que hacen algunos insectos al frotar unas alas contra otras. Esta mariposa, la *aqueroncia atropos*, tiene las alas anteriores más largas y estrechas y son las que frota una contra otra para producir la estridulación que en la noche suena como un chirrido fuerte, casi como un chillido.

—¿Como chicharras?

—Algo así. Fíjate bien en ella porque ahora ya perteneces a las Esfíngides Ballet.

—¿Es la mariposa el símbolo del *ballet*?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya lo irás sabiendo. Ahí tienes tu ropa —señaló una especie de mono-complet de color blanco amarillento con algo de verde.

—¿Ese es el uniforme?

—De las nuevas, sí, es decir, tú serás una oruga.

—¿Una oruga? —repitió, extrañada.

—Sí, una oruga y Bruna también. Son como jerarquías, primero las orugas, luego las ninfas y, al fin, la metamorfosis completa, la conversión en mariposas.

—¿Y hay muchas mariposas?

—¿En el orfelinato hacías muchas preguntas, Aurea?

—No, no, frau Hortensie.

—Pues aquí tampoco las hagas, y a menos que quieras que te volvamos al orfelinato, seguirás siendo obediente. Si te quedas aquí serás algo importante, algo sobrenatural, no te puedo decir más. Ahora, vístete. Cuando oigas una campanilla, acudirás al comedor. En la mesita de noche encontrarás una cartulina con las normas a las que deberás adaptarte, de esa forma conocerás los horarios y sabrás identificar las campanillas según como suenen.

Aurea se vistió con aquel mono-complet y quiso mirarse a un

espejo, mas entonces se dio cuenta de que no había ninguno en el dormitorio.

La puerta de la habitación se abrió despacio, casi con sigilo. Aurea no se percató de ello y, de pronto, una figura se filtró hacia el interior de la estancia. Cerró y entonces sí se dio cuenta Aurea de que no estaba sola. Se sobresaltó.

—¡Bruna, vaya susto me has dado!

—Huy, ¿qué pareces?

Aurea se miró a sí misma come pudo y observó luego a Bruna.

—Pues lo mismo que tú.

—Somos orugas, ¿te lo han dicho?

—Sí, y no me gusta, una oruga es como un gusano.

—Sí, pero un gusano no se hace jamás mariposa y una oruga sí.

—¿A ti qué te parece todo esto de las mariposas? —preguntó Aurea a su compañera, deseosa de conocer su opinión.

Bruna se encogió de hombros.

—Si es una forma de graduación, ¿qué más da? Ahora seremos orugas, algún día ninfas y después mariposas. Creo que ése es el grado sumó.

—¿Y a qué tendrá derecho una mariposa?

—¿Quién sabe? A lo mejor se convierten en las danzarinas principales. Lo que sé es que este lugar es bonito y confortable, no se parece en nada al orfelinato, ¿verdad?

—Es cierto, no se parece en nada —admitió Aurea.

—Por no volver allá, haría cualquier cosa. Lo difícil era salir y lo que es yo no vuelvo a menos que me lleven muerta.

—Por Dios Bruna, no hables de la muerte.

—¿Que no hable de la muerte? Mira a esa mariposa, mírala, tiene la calavera.

—No me gusta, la verdad.

—Pues tendrás que aguantarte con ella. Yo también tengo un cuadro igual sobre mi cama.

Aurea se volvió de espaldas a la mariposa para no verla y se encaró con Bruna, que vestía el mismo mono-complet que sólo dejaba al descubierto las manos y la cabeza. Por la flexibilidad de la tela, se adaptaba al cuerpo como una segunda piel, por lo que sus senos quedaban tan visibles como si estuvieran al natural, sin ropa encima.

—¿Crees que iremos a danzar a teatros importantes? —preguntó Aurea.

—Depende de cómo lo hagamos. Ahora sólo somos unas alumnas o algo así. Sabemos movernos, pero no conocemos las obras de repertorio que puede tener madame Atro.

—¿No te parece siniestra madame Atro?

—Sí, muy siniestra. Si tuviera que encontrarme con ella a solas por la noche, creo que huiría corriendo. Es como ver a la muerte en persona.

—Eso me pasa a mí y lo que me dijo de las tijeritas que lleva en el anillo no me gustó nada.

—Sólo es un adorno —la calmo Bruna, algo más jovial que su compañera.

—De todos modos, no me gusta. Nos habló como si pudiera terminar con nuestras vidas cuando se lo propusiera.

Las dos muchachas hablaban de su nueva situación, pero lo que deseaban era conocer su futuro y, por el momento, allí no veían a nadie que pudiera hablarles de él.

Sonó una campanilla arrancándolas de su cuchicheo. Bruna dijo:

—Parece que es hora de comer y la verdad es que tengo mucha hambre. ¿Qué tal será la comida aquí?

—Pronto lo sabremos.

Salieron de la habitación y se dirigieron a una amplia escalera, viendo a otras muchachas que les precedían. Hablaban entre ellas y parecían animadas. Algunas vestían el mismo mono-complet de color blanco amarillo-verdoso y otras, también mono-complet, pero ya de colores vistosos, colores que recordaban los de la *aqueroncia atropos*, es decir, la mariposa de la muerte.

La sala del comedor no estaba lejos. Había tres mesas, una larga y rectangular que formaba la presidencia y luego dos redondas, muy grandes, pues tenían unos cuatro metros de diámetro.

Alrededor de una de estas circunferencias se sentaron las féminas que vestían el *complet* de colores y, en la otra, las que vestían como Bruna y Aurea.

La presidencia la ocupó madame Atro, acomodándose en una especie de trono cuyo respaldo era también una mariposa con la cabeza representando una calavera humana. A su lado se sentaron frau Hortensie y tres mujeres más que debían ser profesoras y

vigilantes.

—Amadas muchachas, hoy recibimos en nuestro nidal a dos nuevas compañeras, dos orugas que con el esfuerzo, el trabajo y el aprendizaje llegarán también a ser ninfas y luego mariposas, el más elevado estado que podéis alcanzar, un estado supremo, la esencia pura de nuestros deseos. Quiero que las acojáis con el mismo cariño que vosotras habéis sido recibidas y que les deseéis el futuro esplendoroso de llegar a ser mariposas, pues, como bien sabéis, no todas consiguen tan alto grado. Algún día, el mundo será nuestro y los enemigos desaparecerán; seremos libres y podremos volar por toda la Tierra sin que el hombre nos esclavice, nos someta, nos utilice o asesine.

De pronto, todas las muchachas, orugas y ninfas, tomaron una especie de peines que tenían junto al plato y comenzaron a frotarlos unos contra otros, produciendo un fuerte chirrido que Aurea comprendió debía recordar las estridulaciones que hacían las mariposas nocturnas. Era una forma de darles la bienvenida a ellas, como si las aplaudieran.

Llegaron al comedor cuatro mujerucas de rostro adusto y vestidas con el sayo pardo propio de la servidumbre. Cada una de ellas llevaba una bandeja con varios platos y contenían todos idéntica comida.

Aurea y Bruna quedaron un poco sorprendidas al ver frente a ellas aquel plato que por lo que parecía iba a ser el único. Consistía en un pastel de carne cruda con nueces trituradas, pero no hasta llegar a polvo sino quedando trocitos y todo ello amasado con miel pura de abejas. Había algunas cosas más que las muchachas no acertaban a descubrir y guarneciendo el pastel de carne, pétalos de flor rosada.

—¿Estará bueno esto? —preguntó Bruna dubitativa.

—¡Bruna! —interpeló madame Atro desde la presidencia. Bruna la miró y se puso en pie, despacio.

—Sí, madame Atro.

—Hay unas reglas en este nidal. Mientras se come, se danza o recibís alguna lección, no se habla. Por esta vez, y como desconocías las reglas, lo pasaré por alto; en la siguiente ocasión recibirás el castigo apropiado y es mejor que sepas que aquí los castigos son muy severos. Ahora, siéntate y come.

Bruna se sentó y empezó a comer del extraño plato a base de carne cruda y picada, miel, nueces y pétalos de flor y, para beber, jugo de frutas. En principio, las dos muchachas aceptaron la comida con reparos, pero vieron que las demás comían con naturalidad, con verdadera fruición y nadie decía nada.

La comida sabía extrañamente dulzona, demasiado aromática y le faltaba sal. Aurea no se atrevió a decir nada y, aunque aquel plato le resultaba muy raro, era inconmensurablemente mejor que la comida del orfelinato y, aun allí, tanto ella como Bruna y las elegidas recibían la mejor alimentación, porque las otras internas parecían atontarse más a cada día que pasaba por la deficiente alimentación y aquella idiotización, al paso del tiempo sería irrecuperable.

Terminaron aquel plato único y combinado que parecía más que suficiente para una alimentación completa. Todas se levantaron al unísono al escuchar la campanilla manejada por frau Hortensie. Aurea y Bruna hicieron lo propio y entonces vieron que todas las muchachas, orugas y ninfas, tomaban aquella especie de peines y comenzaban a frotarlos para provocar el ruido que debía asemejarse al que pudiera producir un enjambre de *aqueroncias* estridulando en la noche.

El ruido de chicharra duró alrededor de un minuto y, después, abandonaron las mesas, pero ya se había roto la orden de silencio.

Una de las vigilantes se acercó a Aurea y Bruna y les dijo:

—Después de comer, hay dos horas de descanso en la cama en vuestros respectivos dormitorios. Cuando suene la próxima llamada, bajaréis a la sala de rítmica y danza.

—¿Te ha gustado la comida. Bruna?

—Uf, se me atragantaba, pero creo que nos tendremos que acostumbrar.

—Es tan distinta a la comida que nos daban en el orfelinato. ¿Será así la comida que sirven en las ciudades? —preguntó Aurea inocentemente, ya que jamás había pisado una ciudad, y mucho menos un hotel o restaurante.

—Las otras comían bien.

—Creo que será alimenticia —opinó Aurea con resignación.

—Vosotras sois las nuevas, ¿eh? —les dijo sin preguntar, más por hablar que otra cosa, la joven que acababa de acercárseles. Era

una ninfa, su mono-complet coloreado era mucho más vistoso que el que Aurea y Bruna usaban.

—Sí. ¿Cómo se está en este internado?

—Muy bien si se sabe obedecer. Lo más hermoso es cuando vamos a una gran ciudad y actuamos frente a un público muy escogido y elegante. Nuestros números de mariposa siempre son muy aplaudidos, nadie en el mundo los hace como nosotras.

Aurea no pudo resistir más su curiosidad y preguntó:

—¿Y las mariposas?

—¿Las mariposas, a qué te refieres? Bruna apoyo la pregunta de su amiga.

—Han dicho que había orugas, que somos nosotras, las ninfas, que eres tú, y las mariposas.

—Las mariposas no estaban en el comedor —puntualizó Aurea —. ¿O acaso visten como vosotras?

El rostro de la ninfa tomó un aspecto extraño, entre visionario, satisfecho y a la vez preocupado. Era como si sus ojos vieran más allá de las dos recién llegadas que tenía delante.

—Las mariposas, en que nosotras nos convertimos, sólo salen de noche.

—¿Y las veremos? —inquirió Bruna.

—No, nosotras no salimos de noche, es decir, no saldremos hasta que hayamos conseguido el grado de mariposas.

—Vamos, vamos —apremió una de las celadoras—. Es la hora de la siesta.

Aurea y Bruna hubieran deseado hacer más preguntas, muchas preguntas a la ninfa. Aquél era un mundo nuevo y extraño para ellas y comenzaban a darse cuenta de que lo que casi parecía un juego o una sofisticación en la forma de separar grados de alumnas danzarinas, en el fondo tenía mucho de realidad, aunque ni Bruna ni Áurea podían llegar a imaginar que lo de las mariposas era cierto.

—¿Qué opinas? —preguntó Aurea con un susurro.

—Que la comida parecía una flor, pero no me ha gustado.

—A mí tampoco, pero ¿qué podemos hacer?

—Nada, siempre hemos estado condenadas a obedecer. ¿Te das cuenta de que no conocemos lo que es la libertad?

—Sí, me doy cuenta. ¿Qué será la libertad?

CAPÍTULO IV

El Citroën CX, conducido por Michel, rodaba veloz con su potente motor por el asfalto de la gran metrópoli europea. Al llegar frente a la cafetería Partisan se detuvo y subió la mitad derecha del auto en la acera para no estorbar al resto de la circulación, abigarrada en aquellos momentos.

Dio un par de claxonazos y varios rostros jóvenes se asomaron a las cristaleras de la cafetería.

Se abrió la puerta del local y una muchacha de cabellos dorado cobrizos corrió hacia el automóvil. Lloviznaba ligeramente. Desde el interior del coche, el joven ingeniero abrió la portezuela para que la muchacha pasara al asiento.

El coche arrancó, alejándose de aquel lugar mientras algunas miradas femeninas observaban con envidia el Citroën en el que se marchaba Berty, todavía una colegiala que, según sus amigas, había tenido la suerte de captar la atención de un ingeniero brillante como era Michel.

—Te veo nerviosa, Berty. Ya me lo ha parecido cuando me has llamado por teléfono.

Berty miró de soslayo al hombre de tez morena, mentón bien marcado y gesto resuelto. Aspiró hondo y dijo:

—Necesito ayuda, Michel.

—¿Qué clase de ayuda?

—¿Puedes llevarme a mi chalet?

—¿A tu chalet? No he estado nunca allá.

—Si aceptas llevarme, te indicaré el camino.

—De acuerdo, tengo todo un fin de semana por delante, pero ¿de veras estás decidida a que te lleve a tu chalet?

—Sí, bueno, no sé si vas a tomar equivocadamente mi petición.

—¿Cómo supones que debo tomarla?

—Te lo voy a decir claro.

—Mejor, ¿no crees? ¿Tu padre acepta las relaciones prematrimoniales?

—No creo que se opusiera a ellas o quizá sí, nunca se sabe. Lo cierto es que le he conocido más de tres amantes fijas y mira que digo fijas. ¿Cuántas habrá habido de forma ocasional?

—¿Juzgas a tu padre?

—No, no es eso, es su vida y mi vida es mía, por eso digo que no creo que se apusiera a unas relaciones prematrimoniales, pero no se trata de nada al respecto.

—Berty, te veo muy preocupada y no terminas de abrir tu corazoncito. Ya sabes que me gustas mucho y que no te he preguntado si has salido ya con algún otro hombre y, al decir «salir», ya entiendes que me refiero a acostarse con él.

—Palabra que no; si no hubiera hecho, igual te lo diría.

—Lo sé, por eso confío en ti. No es fácil confiar en una muchachita tan joven; a veces te veo como a una niña y, en otras, como a una mujer hecha y derecha que sabe lo que quiere.

—Michel, se trata de mi padre.

Él la miró de reojo, sin perder de vista la conducción.

—¿Le sucede algo a tu padre?

—No ha aparecido por casa.

—¿De viaje?

—No dejó nota de que fuera a viajar; me han llamado de su despacho preguntando si le ocurría algo.

—¿No está en las oficinas?

—No.

—¿Y qué has respondido tú?

—Pues que creía que había salido a una gestión urgente.

—¿Y no es verdad?

—No, no, claro que no, pero ¿qué iba a decir, si ellos no saben dónde está? Michel quedó un poco pensativo y luego preguntó:

—¿Qué salida tomamos?

—La del este.

Con el veloz CX fue cruzando carriles y por una calle de escaso tráfico fue en busca de la arteria que desembocaba en la autopista del Este. Su habilidad en la conducción era grande. Adelantaba sin

provocar peligros innecesarios, el coche respondía muy bien y Michel controlaba a la perfección aquel automóvil que él mismo se cuidaba de revisar y reparar en sus más mínimos detalles, pues prefería que fueran sus manos y no otras las que lo pusieran a punto.

—Puede haber salido de viaje sin decirte nada; según tú misma me has dicho en otras ocasiones, a tu padre le gusta viajar.

—Sí, pero siempre había dejado aviso.

Michel se mantuvo en silencio unos minutos; luego sintonizó el aparato de radio en una emisora musical. Como quitando importancia a la situación, comentó:

—Tu padre es viudo y tiene eso que las mujeres llamáis *charme*.

—Tú también tienes encanto y no por eso has de ser un sinvergüenza.

—Vaya, ¿así que crees que tu padre es un granuja?

—No, no he querido decir tal cosa. Ya sé que le gustan las mujeres y no lo veo mal, ¿por qué habría de verlo mal? Es atractivo, todas mis amigas lo dicen.

—¿De veras todas opinan así?

—Bueno, lo dicen las que gustan de los hombres maduros, pero tú tienes más éxito.

—Gracias. Espero que cuando tenga la edad de tu padre también pueda tener su atractivo.

—Y yo te arrancaré los ojos.

—¿Celosa? —se burló Michel.

—Soy una tonta, ¿verdad? Me estarás tomando por una niñata.

—No, no —casi se burló Michel—. Te tomo por una mujercita preocupada por la ausencia de su padre. ¿Has telefoneado a la policía?

—No, he llamado a un servicio al que estamos abonados. Puedes hacer cualquier tipo de pregunta o petición y te la resuelven.

—¿Un servicio de esos que pides una tarta o un ramo de flores y en media hora te la traen a tu casa?

—Sí, lo mismo que si pides un billete para volar en el Concorde o un médico para que te saque una muela.

—¿Y qué te han dicho?

—Que ningún hombre con el nombre y los apellidos de mi padre ha ingresado en ningún hospital o clínica.

—Pues, si ellos lo dicen, ¿no estarás haciendo una montaña de un hecho sin importancia?

—No, no, Michel. He pasado dos noches notando su ausencia, esperando que sonara el teléfono; jamás había pasado tanto tiempo sin llamarme. En realidad, tiene sus asuntos de faldas pero me llama desde donde esté. Me pregunta cómo estoy y si le he dado de comer a los peces. Es una forma de estar siempre en contacto conmigo sin dar la impresión de que se está acordando de mí.

—Y esta vez se ha olvidado y tú crees que le ha pasado algo. No admites que tu padre te puede considerar ya una mujercita, que quizá ha razonado que no es preciso llamarte tanto por teléfono ni comprarte una muñeca en el primer bazar que encuentre por el camino.

—Si te burlas de mí, me bajo del coche.

—Si lo haces, serás tú la que tengas problemas, vamos a cien por hora.

—Todos los hombres sois insufribles —resopló—. Además, hay otra cosa.

—¿Lo que no te has atrevido a decirme hasta ahora?

—Pues, pues… —Vaciló y volvió a callarse.

—Si no me lo cuentas, de nada servirá que me pidas ayuda. Además, si no confías en mí, ¿en quién vas a confiar?

—Ha faltado una compañera de clase —dijo al fin.

Y quedó como descansada, como si hubiera escupido algo atravesado en su garganta.

—Bien, parece que la ausencia de esa compañera la relacionas con la ausencia de tu padre. ¿No es eso?

—Sí.

—¿También hace dos días?

—Sí, hace dos días. Primero vinieron a hacer preguntas los padres de Erika, no había aparecido por su casa; después ha venido la policía y han hecho más preguntas.

—¿Y tú qué has dicho?

—Nada, ¿qué iba a decir? Si les cuento que mi padre hace dos días que falta también, lo hubieran relacionado enseguida y a lo peor lo acusaban de raptar a una menor.

—Es cierto y se habría visto en problemas. Ya me dirás por dónde he de salir.

—La salida ocho; luego toma la carretera del norte.

—De acuerdo. O sea, que crees que tu padre se ha ido con tu amiga Erika.

—No lo sé y no me gustaría nada que lo hubiera hecho, es una niña.

—Una niña como tú, capaz de sentirse y ser mujer.

—Pero, es mi padre.

—Comprendo. Mientras se cite con una mujer que no sea conocida, tú estás de acuerdo, pero cuando conoces a la chica escogida ya le pones «peros»; que si es tu amiga, que si es muy joven… Piensa que tu padre es viudo; ¿y si saliera con Erika con buenas intenciones para casarse con ella?

—¿Erika mi madrastra? Tú estás loco, Michel. ¿Has bebido?

—Una copa; aunque me hicieran la prueba de la alcoholemia ahora, no encontrarían nada.

—Mi padre es mayor.

—Tu padre es un viudo con muchos años por delante para dar guerra. Si se llegara a casar con una mujer que podría ser su hija por la edad, no sería el primero que lo hiciera. Hay personajes famosos que lo han hecho y tienen hijos con normalidad. Muchas chicas de tu edad se casan con hombres maduros y son felices con ellos, lo que no priva para que otras sean desgraciadas. Cada pareja es un mundo.

—Pero Erika no puede ser, no puede ser.

—Tú eres quien lo ha sugerido. ¿No será que tienes complejo de Electra?

—No digas tonterías. Adoro a mi padre como padre, pero no estoy enamorada de él como ponen en tantas películas cachón. Te quiero a ti y lo sabes, pero Erika y mi padre…

—Si ésa es la situación, tendrás que irte acostumbrando. Será divertido que a una compañera tuya la tengas que llamar «mamá».

—La muy gata… Con razón siempre estaba hablándome de mi padre.

—¿Ella era la única?

—No, otras me preguntaban también por él, pero ella hacía preguntas más íntimas. No creí que llegaran a tanto.

—Ahora estás haciendo demasiadas conjeturas, ¿no crees?

—Bueno, pero ¿no es demasiada casualidad que hayan

desaparecido los dos al mismo tiempo?

—Sí, es coincidente pero no concluyente. No vayas a complicar a tu padre en un supuesto rapto de menores, le pondrías las cosas muy difíciles.

Berty, pensando que Michel se burlaba un poco de ella, pues no se hacía a la idea de que su padre tuviera que ver muy íntimamente con su amiga, que parecía perdidamente enamorada del hombre maduro, elegante, de sienes plateadas, se encerró en un mutismo que tenía mucho de enfurruñamiento.

Michel no quiso complicar las cosas. Le ofreció un cigarrillo y siguiendo las indicaciones de la joven, llegó a la urbanización donde el padre de Berty tenía su chalet.

Berty aceptó el cigarrillo y lo fumó nerviosa. Al fin, el Citroën CX se detuvo frente a la verja que se hallaba cerrada. La casa tenía todas las ventanas cerradas; en aquellos momentos no llovía y comenzaba a oscurecer.

—Aquí no parece que estén —dijo Michel.

—Ya que hemos venido, entraré y veré lo que hay.

—¿Y si los sorprendes? ¿No crees que los asuntos de tu padre son cosa suya?

—He llamado un montón de veces por teléfono y como no respondía, he llegado a pensar que estaría averiado.

—¿Has preguntado a la telefónica?

—Sí.

—¿Y?

—Aseguran que va bien pero no me fío.

—De acuerdo, si tienes llave, entremos.

Berty se apeó y de su bolso de bandolera sacó las llaves. Abrió la verja primero y el Citroën CX se introdujo en la propiedad particular.

—No hace falta que abras el garaje, lo dejaré entre los arbustos.

—Como quieras —dijo Berty—. Se encaminó hacia la puerta del chalet que era amplio, de dos plantas, muy moderno de construcción.

Michel abandonó el automóvil y anduvo hacia Berty que le aguardaba junto a la puerta abierta, sin atreverse a entrar sola. Michel la cogió por el brazo y buscando su mirada, preguntó:

—Temes que haya ocurrido algo desagradable, ¿verdad? Berty

tardó un poco en responder y al fin lo hizo:

—Estoy nerviosa, tengo un mal presentimiento. Desde que murió mamá he estado muy unida a mi padre, nos comprendemos mucho. He aceptado que tenga esa vida digamos de diversión, sé que le hace falta, que es un hombre que necesita estar con alguna mujer. Te juro que cuando vivía mamá, sólo estaba con ella y no se peleaban, bueno, me refiero a que él no la engañaba. Se compensaban mutuamente, eran suficientes el uno para el otro. Mi madre le daba todo lo que él podía pedir, era una mujer maravillosa, siempre igual y siempre distinta. Vivían el uno para el otro, pero cuando mamá enfermó, él comenzó a perder mucho y luego vino la muerte. Yo creí que se desesperaría, pero una amiga de mamá se cruzó en su vida y mantuvieron un idilio de unos meses, no duró más. Él debió comprender que había que seguir viviendo y comenzó a buscar a alguien que pudiera sustituir a mamá.

—¿Y no lo consiguió?

—No, creo que no, por eso ha conocido a tantas mujeres. Él tiene encanto, atrae a las mujeres, lo sabe y se aprovecha de ello.

—¿Lo ves? Tu padre buscaba a alguien que pudiera darle todo lo que le dio tu madre y no lo ha encontrado por más que ha buscado, quizá por ello ahora se ha visto tentado de buscar entre jovencitas, como un Pigmalión.

—¿Y moldearla a sus deseos?

—Es una posibilidad.

—No me gustaría esa diferencia de edad. Hubiera preferido que encontrara a una mujer con una edad más pareja a la suya, yo no se lo hubiera reprochado, lo habría comprendido.

—Tú no debes reprochar nada y has de comprender que sólo en su hija no va a encontrar todos los alicientes que su vida necesita. ¿De acuerdo, Berty?

Le había preguntado cogiéndole la cara entre las manos, como a una niña a la que se intenta convencer de algo todavía superior a lo que ella alcanza a comprender por su corta edad.

—Está bien, me haré a la idea si mi padre se ha decidido a casarse con una amiga mía.

—Entremos.

Berty encendió la luz, cerró la puerta y no se preocupó de abrir

las ventanas.

—Aquí todo parece normal y no huele ni siquiera a tabaco.

—Es verdad —asintió Berty mirando hacia la escalera que subía a los dormitorios.

—Miraremos primero en la cocina; cuando se pasa por un chalet así, se suele ir a la cocina y siempre queda algo, aunque sea basura dentro de una bolsa de plástico.

En la cocina, salvo una ligera capa de polvo, no había nada anormal, nada que delatara el que hubieran pasado personas recientemente.

Michel pasó la punta del dedo y le mostró el polvo pegado a la yema como prueba irrefutable de que allí no había estado nadie.

—Veremos arriba —dijo Berty sin darse todavía por vencida.

Con la puerta cerrada e iluminándose con la luz eléctrica, cuando en el exterior ya oscurecía casi por completo y la urbanización encendía sus farolas, subieron a la parte alta del chalet donde había tres habitaciones.

Berty descubrió primero la que llamaban de los huéspedes y que se veía totalmente vacía y bien compuesta; después, abrió otro dormitorio.

—¿Era tu cuarto? —preguntó Michel al ver los pósteres clavados en las paredes con chinchetas, la estantería, los libros y algunos juguetes infantiles.

—Sí, aquí me he pasado muchas horas jugando sola. Es uno de los recursos que nos quedan a las hijas únicas: jugar solas y crearnos un mundo de fantasía.

Michel se adentró en la estancia y observó los lomos de los libros y los juguetes.

—¿Te vas a reír de mí? —interrogó la muchacha.

—No, todo lo contrario. Me gusta enterarme de lo que podía entretenerte y divertirte en tu soledad.

—Para mí, las vacaciones eran un poco aburridas.

—Lo supongo, tendrías ganas de regresar al colegio con tus amigas.

—Sí, y siempre soñaba con ser mayor y tener un hombre para mí como mamá tenía a papá.

—¿Por eso me has escogido a mí?

—No, no. Podría suponerse que sí, pero me he enamorado de ti,

te lo juro.

—¿De mí o del amor, es decir, de un hombre?

—De ti. No seas tan engreído como para creerte el único hombre interesante sobre la tierra. En guateques, varios chicos se han acercado a mí y también hermanos de mis amigas, pero a mí me gustas tú, te lo juro y desearía demostrártelo.

—¿En qué forma?

—Como tú quieras —le dijo acercándose y abrazándole por la cintura, apretando su rostro contra el pecho de Michel para notar los pálpitos del brioso pero rítmico corazón masculino.

—Berty, mi Berty —le dijo acariciándole los cabellos.

—¿Vamos a ver la otra habitación?

—Como quieras.

Salieron del que había sido dormitorio de la joven y pasaron a la amplia y confortable *suite*. Michel se detuvo en el umbral y observó la cama, el suelo enmoquetado, las paredes tapizadas en rosa, los espejos, las luces. Había una armoniosa combinación de colores cálidos con algún tono rabioso que podía ser excitante.

Un larguísimo tocador terminaba uniéndose a las mesitas de noche Michel descubrió un tocadiscos y levantó la tapa de madera. Tomó una larga duración de Paul Mauriat y comenzó a esparcirse la suave música.

—La cama está hecha, ya ves que no han estado aquí.

—¿Dónde, entonces? —preguntó ella mirando de reojo la cama, cubierta con una colcha de terciopelo de color rosa fuerte.

—No lo sé, pero ¿qué importa ahora?

—A mí sí me importa. El teléfono sonó, pero mi padre no estaba aquí. ¿Dónde estará?

—Seguramente, cuando regreses a tu apartamento de la ciudad, te encontrarás con un telegrama o un aviso telefónico diciendo dónde está. ¿No crees que tu padre ya es mayorcito para que lo dejes tranquilo y no le controles el tiempo y la hora de llegada a casa?

—Tonto —runruneó, dándole un suave puñetazo en el pecho.

—¿Un poco más tranquila?

—Sí.

Él buscó sus labios y la besó. Ella forcejeó juguetona, como resistiéndose, pero al fin dejó que el beso fuera más profundo.

Mientras, la música sonaba agradable, sin estridencias.

—Michel, vámonos —pidió ella sin demasiado convencimiento cuando hubo recobrado la respiración.

Michel comenzó a desabrocharle el abrigo corto y ella se lo quedó mirando fijo, con los ojos verdes muy abiertos.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que tú imaginas.

Ella notó como si la nuez se petrificara en su garganta obstruyéndole los conductos.

—¡Espera! —Y dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Qué vas a hacer?

—*Striptease*. ¿No es lo que me estás pidiendo?

—Lo dices como si estuvieras acostumbrada.

—Te juro que sólo lo he hecho para una persona que no eres tú.

—¿Y quién ha sido el afortunado?

—Yo misma.

—¿Tú misma?

—Sí, delante de espejos.

—¿Y de dónde has aprendido? —insistió Michel mientras Berty comenzaba a quitarse la ropa despacio, al compás de la música, con movimientos ondulantes y sensuales.

—Una vez fui a casa de una amiga, no estaban sus padres y…

—¿Os entrenasteis?

—No, sólo pasamos las películas de super-ocho que tenía el padre de ella encerradas en un cajón. Supo conseguirse la llave y pasamos una tarde divertida.

—¿Eran fuertes?

—¿Te interesa lo que había en esas películas o te intereso yo?

—Me interesas tú, sólo tú…

Berty, más tranquila al no haber encontrado a Erika ni a su padre en el chalet, se dejó arrastrar por la situación, por el aislamiento con el exterior, por la proximidad del hombre que amaba, aquel hombre que había sabido besarla y hacerle sentir sensualidad en todo su cuerpo, pues cada vez que él la besaba, la invadían oleadas de calor que le subían por las piernas hasta el rostro y le enfebrecían los ojos, obligándole a cerrar los párpados.

—Eres muy bonita. ¿Te lo he dicho antes?

—Tantas veces que ya no recuerdo cuántas, pero no me importa

que lo repitas a cada minuto.

De pie sobre la cama, la jovencísima Berty, de largos cabellos dorado cobrizos, ojos intensamente verdes y labios amplios, algo arqueado el superior y muy sensual el inferior, se lo quedó mirando con fijeza, sin apartar sus pupilas del hombre amado, del joven con el que hasta aquel momento sólo había estado en cafeterías, dado algunas vueltas en coche y acudido a algún espectáculo.

Aquélla era la primera vez que se sentían totalmente solos, pues ella sabía que su padre no estaba. Aquel encuentro tampoco había sido forzado, no había habido malicia buscando encontrarse a solas en aquella *suite* en la que Berty suponía que dos seres se habían amado intensa y repetidamente, de una forma que ella aún desconocía, de una forma que sólo podía imaginar por lo que había visto en las películas proyectadas a escondidas en casa de una amiga.

Berty trataba de sonreír pero le costaba, se había quedado un poco tensa y al respirar profundamente, sus pechos jóvenes se realzaban. Dio un par de pasitos hacia atrás, pero las manos de él cogieron las suyas y la hicieron avanzar hacia delante, acercándola al borde de la cama.

Michel le soltó las manos y la acarició.

—Michel…

—¿Hum?

—¿De verdad me quieres?

—¿Lo dudas?

—Supongo que todos los hombres, en momentos como éste, dirán lo mismo.

—Puede ser.

—¿Y tú?

—Yo no. Si quieres, vamos a casarnos ahora mismo y luego volvemos aquí para continuar.

El disco de larga duración hacía rato que se había detenido y con él, todo el tocadiscos, ya que era de paro automático.

La estancia permanecía iluminada por una suave luz de color rojo que el padre de Berty había hecho instalar para que la luz no molestara a los ojos en determinados momentos.

Michel se hallaba tendido sobre el lecho con los brazos un tanto abiertos. Tenía los párpados cerrados y semejaba descansar. Por su

parte, Berty se sentía bien, libre, juguetona incluso. Arrodillada junto al hombre que tenía junto a sí como vencido, se dedicaba a mordisquearle el hombro. Quizá, más que mordisquearle, lo besuqueaba, pero empleaba los dientes como si jugara a morderle y así iba de un lado a otro.

—¿Te molesto? —le preguntó.

—No —respondió él sin abrir los ojos.

—Me gustaría que estos momentos duraran siempre.

—Sería aburrido, ¿no crees?

—¿Aburrido? —repitió ella como ofendida, deteniéndose en sus pseudomordiscos que dejaban húmeda la piel de Michel allá por donde pasaba la boca femenina.

—Sí, hay que dejar pasar tiempo, hay que separarse para desearse de nuevo y correr para volver a encontrarse. Conviene tener diferencias de opiniones para luego llegar a entendernos mejor. Hay que hacer muchas cosas que luego nos lleven a momentos como los que estamos pasando. Si sólo se tratara de vivir hundidos en el sexo, no haría falta que fueras tú la que estuviera aquí junto a mí.

—¿Ah, no, y quién podría estar?

—Cualquier chica que tuviera un cuerpo hermoso como el tuyo.

—¿He de darte las gracias?

—No, sólo quiero que sepas que para mí el sexo en una unión no lo es todo, por eso me gustas tú, porque creo que contigo encontraré la felicidad. Sentados en la terraza de un bar, paseando por un parque, saliendo de excursión, sentados en un teatro o ante una pantalla de cine o aquí en la cama, pero no sólo en la cama, ¿comprendes?

—Te amo, te amo, te amo.

Y como para demostrarle mejor que le amaba, lo ladeó poniéndolo boca arriba, y le clavó las uñas. Cuando esperaba que él gritase, Michel aguantó.

—¿Te comerás mi carne cuando me la hayas arrancado?

—Soy una caníbal, ya lo irás aprendiendo. ¿Te hago daño?

—¿Tú qué crees?

—Que de verdad soy una caníbal, no había pensado ser así.

—Te estás descubriendo a ti misma, ¿eh? —le preguntó Michel cuando ella apartó las uñas, vio las marcas que había dejado en la

carne del hombre y comenzó a intentar curarle a besos.

De pronto, Berty comenzó a darse cuenta de que había un ruido molesto, era como un chirrido que se hacía más y más fuerte.

—¿Qué será eso?

—¿El qué? —preguntó Michel.

—Ese ruido.

Saltó de la cama y su cuerpo ágil, joven, terso y desnudo, correteó sobre la moqueta para acercarse al tocadiscos. Tras observarlo, dijo:

—Está parado.

—Es que ese ruido no procede del tocadiscos.

—¿Será de la nevera o de algún otro aparato?

—No, ese ruido viene de fuera, deben ser insectos.

—¿Grillos?

—No, los grillos hacen gric-gric, y eso es reesst-reesst-reesst… Bueno, algo así —dijo él.

Berty se rió un poco.

—Es verdad, no parecen grillos. ¿Serán chicharras?

—Las chicharras suelen oírse de día.

—Pero producen un ruido similar.

—Ese ruido, que en los poemitas llaman canto, se llama estridular.

—¿Y qué es estridular?

—Frotar las alas duras una contra otra. Ese frote, a un ritmo rápido, produce ese sonido llamado de chicharra, pero las estridulaciones que oímos ahora son más chirriantes.

—Son molestas, obsesivas. Parece como si hubiera cientos de chicharras.

—No son chicharras.

—Entonces, ¿qué son?

—Pueden ser mariposas.

—¿Mariposas?

—Sí, mariposas nocturnas. La noche tiene infinidad de ruidos para los oídos que saben escuchar.

—Voy a ver —dije Berty dirigiéndose hacia la puerta de la *suite*.

Abrió, saliendo de la estancia y de repente, una bandada de mariposas se le echó encima. Su cuerpo desnudo quedó cubierto por millares de alas que batían el aire.

—¡Michel, Michel! —gritó, aterrorizada.

Michel saltó de la cama. Cogió a Berty por un brazo y jaló de ella hacia el interior del dormitorio. Cerró la puerta, pero la muchacha chillaba todavía cubierta de mariposas que semejaban un extraño vestido pletórico de aleteante vida.

Michel cogió la colcha y la envolvió con ella, aplastando las mariposas. La llevó al cuarto de aseo y la metió bajo la ducha de agua caliente. Todavía temblando, Berty se vio libre de las mariposas mientras en la habitación, Michel terminaba con ellas aplastándolas con una almohadilla del baño.

—¡Malditas, está plagado!

Respirando todavía asustada, como si el miedo se le hubiera metido en la tráquea y no supiera si vomitarlo o meterlo en sus pulmones, Berty se secó con la gran toalla.

—Ya está, ya las he liquidado —resopló Michel.

Berty se acercó a la ventana formada por dos cristales; el alto era transparente y el bajo, biselado, de forma que desde afuera no se podía ver el cuarto de aseo; pero si se alzaba sobre las puntas de sus pies, ella podía ver el exterior a través del cristal alto. Así lo hizo, curiosa, y vio algo que la sobrecogió.

—¡Micheeeeel!

—¿Qué pasa? —interrogó el hombre corriendo hacia el lavabo.

—¡Allí, en el árbol!

Michel se empinó sobre sus pies y pudo ver lo que Berty señalaba.

Sobre la rama de un árbol había una mariposa gigante, una mariposa que tenía cuerpo de mujer. Sus manos y pies poseían uñas largas y afiladísimas, como auténticas agujas. Las alas, en proporción, resultaban muy grandes y la cabeza era una calavera humana.

—Diablos… ¿Qué es esto?

Aquel rostro les miraba; se había dado cuenta de que ellos la observaban y ambos cruzaron sus miradas. Aquellos ojos de calavera no estaban vacíos, tenían vida en su interior.

—¡Michel, Michel, es un monstruo!

—Tiene que ser una broma, no es posible que exista una mariposa como esa que está encima del árbol.

—Tengo miedo, Michel, tengo miedo —sollozó abrazándole

como si quisiera fundirse con él y así sentirse más protegida y segura.

—Abajo está todo cerrado, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Entonces, esa mariposa gigante o lo que sea, no podrá entrar.

—¿Cómo han entrado las mariposas en el chalet?

—Probablemente se habrán metido por el hueco de la chimenea.

—El salón está lleno, ya lo has visto.

—Sí, será mejor no abrir la puerta del dormitorio hasta mañana por la mañana.

—¿Hasta mañana?

—Sí, esas mariposas son nocturnas; de día, ellas no se sentirán bien y limpiaremos el chalet.

—¿Y la mariposa grande?

—No creo que pueda entrar. Las ventanas tienen rejas y la puerta me ha parecido bastante recia.

—¿No será algún psicópata disfrazado?

—En todo caso, una psicópata, me ha parecido mujer, A las mariposas les es fácil introducirse por el respiradero de la chimenea.

—¿Y ese monstruo que hay en el árbol? —preguntó Berty, sobrecogida.

—Mejor esperar a que se vaya —opinó Michel.

—¿Y si llamáramos a la policía? Podría capturarla, si dices que es una mujer.

—Sí, claro, sólo habría que verla de frente. Es extraño, pero es como si fuera una aleación de mariposa y mujer. No, no llamaremos.

—¿Por qué?

—Porque te descubrirían aquí, conmigo. Yo no tengo nada que perder, pero quizá a tu padre le molestara. En fin, no nos cuesta nada esperar a mañana.

—¿Y si mi padre regresa al apartamento de la ciudad?

—Le cuentas lo que hemos visto aquí. En fin, ya te acompañaré yo, le dirás que lo hemos estado buscando. Ahora, insisto, será mejor olvidarnos de las mariposas no nos pueden hacer nada.

—Esa gigante, sí.

—Estamos a salvo de esa extraña criatura, verás cómo mañana

habrá desaparecido. Berty miró con suspicacia las mariposas abatidas. Recogió una de ellas que todavía aleteaba y la levantó para observarla de cerca. En el dorso del cuerpo descubrió algo que llamó poderosamente su atención.

—¡Mira, Michel!

—¿Qué pasa?

—¡Fíjate, tiene una calavera con dos tibias en el lomo!

—Ah, sí, claro.

—¿Cómo claro; ya lo sabías?

—Sí, ésta es la mariposa llamada de la calavera o de la muerte, muy común en Europa. No soy un aficionado a las mariposas, pero viene en todas las enciclopedias.

—¿La mariposa de la muerte?

—Sí, pero sólo por el dibujo. Se le atribuyen maleficios sin cuento, ya sabes, supersticiones sin fundamento. Con ese dibujito en el lomo y siendo nocturna, comprenderás que es fácil cargarle muchas historias fúnebres y macabras.

—Pero ¿y la gigante que hay afuera?

—No sé, olvídala, mañana ya no estará. Pondremos el pasador en la puerta para que estés más tranquila y nos acostaremos; mañana será otro día. Si tuviera una carabina, la haría bajar del árbol de un disparo.

—Estaría más tranquila si llamaras a la policía.

—No serviría de nada, porque si cuando llegaba el patrullero, esa supuesta mariposa gigante desaparecía en la noche, lo que es muy fácil porque aquí abundan los bosques, ¿qué dirías? Verían muchas mariposas pequeñas y se reirían de nosotros por asustarnos de unas inofensivas mariposas.

Se tendieron en la cama y Berty se apretó contra Michel. Quería notar el calor y contacto del hombre, tenía mucho miedo.

La aparición de las mariposas la había aterrorizado y por más que trataba de decirse que era una tonta, no conseguía relajarse. La mano de Michel le acarició la espalda para tranquilizarla y a ella le agradó que él le hiciera tales caricias, mas no era fácil calmarla. Toda la casa se había llenado con el ruido infernal de las estridulaciones de las mariposas que se habían aposentado en el chalet y se dedicaban a frotar sus alas, provocando aquel ruido irritante y obsesivo.

—Pondremos un poco de música.

—Sí…

—Cargaré el tocadiscos con todos los discos de larga duración que pueda y así no oiremos esos chirridos.

Michel llenó la piña del tocadiscos con L.P., sin mirar la ficha de cada uno. No importaba cuáles fuesen, lo importante es que sonaran fuerte, y ahogaran tanto chirrido infernal que lo mismo provenía del exterior que de dentro del chalet.

Comenzó a brotar la música fuerte y vibrante del tocadiscos de alta fidelidad y las estridulaciones quedaron en segundo plano. Michel, que se había vuelto a acostar junto a Berty, dijo:

—No podremos dormir con todo ese ruido, pero pasaremos la noche, a menos que prefieras que vayamos al coche y nos marchemos.

—¡No, no! —Denegó, rápida—, yo no salgo otra vez. Hay mariposas a millares y afuera está esa monstruosa y quizá haya más. No, prefiero salir mañana, cuando haya sol. Las cosas se ven de otra forma a la luz del día.

—Lo que tú digas, amor.

La noche se les hizo interminable.

Al fin, entre las rendijas de las persianas, comenzó a filtrarse la claridad de un nuevo día.

Berty no había podido más y dormía profundamente. Michel la contempló tendida en la cama, relajada ya, respirando rítmicamente, bella en su desnudez casi adolescente. Fue hacia el tocadiscos y lo paró cuando faltaban un par de discos por caer al plato. Ya se había levantado un par de veces durante la noche para darle la vuelta a todo el grupo de discos.

Al detener el aparato se percató del silencio total que reinaba en el ambiente. Ya no se oían las obsesivas estridulaciones de las mariposas; era como si hubieran estado en medio de una gran tempestad, azotados por el viento ululante y luego, de pronto, la calma.

—¡Michel!

Michel se volvió hacia Berty que se había incorporado bruscamente en la cama, como movida por un resorte.

—Tranquila, ya es de día.

—¿Y las mariposas?

—Sólo quedan las que hay muertas por el suelo.

Los ojos verdes de la muchacha barrieron la moqueta y vieron las mariposas aplastadas.

—Pasaré el aspirador antes de irnos. No quiero que si viene mi padre vea toda esta porquería.

—De acuerdo, pasaremos el aspirador. Yo tengo hambre. ¿Tenéis cajón frigorífico?

—Sí, y dentro hay comida para un mes, a treinta bajo cero.

—Eso está bien. Sacaré café, jamón y queso. ¿Sabes que los hombres solemos tener buen apetito por la mañana si la noche ha sido placentera?

Berty hubiera deseado responder con buen humor, pero sólo hacía que mirar la puerta que daba acceso al salón. Al fin, tragando saliva, se decidió a preguntar:

—¿Habrá mariposas afuera?

—Ahora lo veremos.

Michel se calzó el *slip* primero y los pantalones después; se acercó a la puerta y la abrió despacio, observando el exterior. Luego abrió de golpe y salió, mirando por la baranda hacia el salón.

—Todo limpio, no hay mariposas.

Berty exhaló un suspiro tan largo como profundo.

—Soy una tonta por tener tanto miedo a las mariposas, ¿verdad?

—No, no eres tonta. Yo también vi lo que había en el árbol y, la verdad, si era una psicópata disfrazada de mariposa, no me hubiera gustado tener que pelearme con ella. Podría haberla matado y no quiero ser responsable de la muerte de una demente.

—¿Crees que era una demente o un ser monstruoso?

—Hoy día se habla mucho en revistas e incluso se celebran congresos para tratar de los fenómenos extraños, de parapsicología, de ufología, de monstruos y aparecidos, de milagros, de magia blanca y magia negra, de vudú, de satanismo y yo qué sé cuántas cosas más.

—¿Tú crees en todo eso?

—No, pero sé que existen tipos como el Mason de California y otros perturbados que se creen mesiánicos o satánicos y que asesinan por placer o ritual. Es mejor no darles la oportunidad de satisfacer su macabro sadismo. ¿Conoces bien toda esta urbanización de chalets?

—Un poco, no demasiado.

—¿Se ha instalado aquí gente extraña, tipos capaces de criar mariposas a millares?

—No lo sé.

—Bueno, dejémoslo como una cosa desagradable que ya ha pasado. Voy a la cocina.

—Yo también, ahora me visto.

Michel se puso la camisa y bajó a la cocina. El día era magnífico aunque frío. La tierra aún estaba húmeda por la lluvia de la tarde anterior; luego, la noche se había estrellado.

En la cocina encontró el cajón frigorífico, lo abrió y sacó pan, huevos, leche, bacón, mermelada y jugo de naranja. Todo estaba helado, pero para eso tenía el fuego. Los alimentos hubieran estado mejor dejándolos la noche anterior fuera del cajón para que se descongelaran lentamente, pero como no lo habían hecho, ahora habría que hacerlo aprisa.

No tardó en esparcirse un fuerte y agradable aroma a café por todo el chalet.

Mientras Michel preparaba el desayuno, Berty, de forma casi exhaustiva, se dedicó a pasar el potente aspirador de patines, con lo que no quedó ni rastro de las mariposas que fueron a parar al interior de la bolsa de basura de la caja del aspirador. Después, bajó a la cocina y desayunó con Michel, tratando de olvidar lo que para ella había sido como una pesadilla.

—Oye, este chalet es magnífico. Cuando nos casemos, construiremos uno a nuestro gusto. ¿Qué te parece?

—¿Todavía quieres casarte conmigo, después de lo de anoche?

—Ahora más que antes. Los manjares nuevos poseen un gran atractivo, pero el manjar conocido y que es muy gustoso, no lo cambio yo por uno desconocido.

—Michel, no estoy arrepentida de nada, ¿sabes?

—Yo tampoco y ahora estoy más seguro que antes de lo que deseo.

Cuando salieron del chalet, dejándolo todo bien cerrado, Berty abrió la puerta y sus ojos se clavaron en la madera.

—¡Mira, Michel!

—¿El qué?

—¡La puerta!

Michel se acercó y comprobó que la puerta se hallaba totalmente arañada. Palpó con sus dedos los finos pero profundos surcos hechos a la madera.

—Parece que hayan sido como zarpas. ¿Habrá linces por aquí?

—¿Linces? ¿No sería aquel monstruo que vimos, aquella mariposa gigante que pretendía entrar?

La puerta estaba surcada por los profundos surcos, de arriba abajo, pese a que Michel se resistía a creerlo.

—No puede ser, nuestra imaginación anda algo suelta. Vemos ya monstruos y cosas extrañas por todas partes…

Fueron hacia el coche. No había vestigios de mariposas por ninguna parte, era como si a la llegada del amanecer, todas se hubieran alejado hacia algún lugar donde no les diera el sol.

—¿Te has dado cuenta, Michel?

—¿De qué?

Ella observó en derredor girando sobre sus pies. Miró al cielo, a la casa, a los árboles, a la calzada, a las construcciones vecinas; al fin, dijo:

—No se oye nada, ni el rumor del viento, es un silencio extraño, Michel prestó atención y tuvo que admitir:

—Es cierto, no hay ruidos. Y es lógico, piensa que las casas estarán vacías. Los días laborables, estas urbanizaciones quedan desiertas, no sucede como en las urbanizaciones análogas norteamericanas. Allí viven toda la semana y sólo van a la ciudad a trabajar; aquí se vienen los fines de semana o por las vacaciones.

—Sin embargo, hay demasiado silencio.

—Eso lo arreglaremos pronto, en el coche pondremos unos *cassettes* de música *country folk* y verás cómo te olvidas del silencio. La verdad lamento que nuestra primera noche de intimidad haya sido perturbada por esas estúpidas mariposas que se metieron en el chalet.

Subieron al Citroën CX y abandonaron el jardín.

Michel hizo maniobras para poner el coche en la calzada y Berty cerró la vería con llave. Rodeó unos setos para dar la vuelta al coche y entrar por la portezuela opuesta a la del conductor y entonces descubrió algo que llamó su atención.

En el suelo había una gorra con visera que ella conocía bien. Era la gorra del vigilante jurado de la urbanización y de los bosques

aledaños. La gorra estaba tirada junto a los setos y en el suelo, un charco de sangre.

Se le encogió el corazón doliéndole dentro del pecho, entre las costillas; sin embargo, hizo un sobreesfuerzo y se inclinó para recoger aquella gorra que indicaba que el guarda había estado allí. Levantó la gorra para mostrársela a Michel cuando tres o cuatro mariposas salieron inesperada y bruscamente de debajo, aleteando contra su rostro haciéndola gritar y obligándola a retroceder.

Corrió hacia el coche que ya tenía la puerta abierta y se metió dentro, cerrando de un portazo mientras las mariposas nocturnas, como desorientadas por la luz, chocaban contra el cristal del automóvil.

—¿Qué te pasa?

—¡Las mariposas, las mariposas, las mariposas…! ¡Corre, corre, vámonos de aquí, vámonos!

Y Michel, para no hacerla sufrir más, pisó el acelerador y el CX se alejó a gran velocidad.

Capítulo V

Aurea y Bruna paseaban como otras muchachas-oruga por los amplios y cuidados jardines de estilo ochocentista francés que rodeaban e palacete; incluso, había un lago con cisnes que durarte la noche se guarecían en unas cuevas que tenían para protegerse.

Aurea y Bruna comentaban entre ellas que las clases de danza que dirigía frau Hortensie eran muy duras, más duras de lo que fueran en el propio internado; no obstante tenían el gran aliciente de que no eran movimientos monótonos y fríos, sin calor, sin más interés que dominar el cuerpo; ahora tenían un libreto musitado, con los movimientos y evoluciones de la danza. La unión de todo el *ballet* cobraba una gracia especial; sin embargo, a juicio de Aurea, allí había algo más.

—No te entiendo, Aurea —le objetó Bruna.

Aurea miró a Bruna sin dejar de caminar por los senderos flanqueados por setos de cuidado boj mientras aquellos hombres subnormales, dedicados a su trabajo, se afanaban en cuidar las plantas, aunque a algunos se les escapaban intensas miradas hacia las muchachas, pues si mentalmente eran subnormales, con un coeficiente intelectual por debajo del sesenta, algunos tenían una gran vitalidad sexual insatisfecha y la visión de aquellas jóvenes vestidas con el mono, que las ceñía como una segunda piel, les atraía poderosamente.

—Es como si esa danza que ensayamos un día y otro no fuera una simple representación.

—¿Qué es entonces? —preguntó Bruna casi burlona.

—No sé, es casi un ritual, algo más importante, no sé cómo explicarlo. Esa representación en que las orugas nos arrastramos por el suelo, sobre las hojas, y luego nos convertimos en ninfas para al

final metamorfosearnos en mariposas para despegarnos del suelo y volar sobre los hombres que nos han aplastado y a los que castigamos, dominándolos, abatiéndolos y devorándolos, la verdad es que no me gusta.

—Pues es un *ballet* de mucho colorido y que queda muy bien.

—Sí, pero ya te digo que no me parece un simple ensayo. Se lo toman muy en serio, sobre todo las ninfas.

—Es que ellas ya están más adelantadas, son las primeras danzarinas.

—¿Y las mariposas?

Bruna se encogió de hombros.

—No sé, dicen que sólo salen de noche.

—¿Lo ves? Parecen sacerdotisas de una extraña secta.

—¿De dónde has sacado tú eso?

—No sé, voy atando cabos. ¿No te das cuenta de que nuestro símbolo superior es una mariposa de la calavera?

—Sí, somos el Esfíngides Ballet.

—¿Tú no has tenido pesadillas? —preguntó Aurea con toda la sinceridad de que era capaz.

Bruna miró a su alrededor un poco atemorizada, como temiendo ser oída.

—Sí, he tenido algunas pesadillas —asintió al fin—. Eso de dormir con el cuadro de la mariposa de marras sobre la cabeza no me gusta. He soñado que me veía dentro de un gran capullo de seda y que comenzaba a morderlo con los dientes porque me sentía como dentro de una tumba. Conseguía salir al exterior y sentía la necesidad de sacudirme muy fuerte porque una intensa picazón me dominaba. Después, ya tenías alas y me ponía a volar.

—Ese mismo sueño lo tengo yo, pero…

—¿Te pasa algo más a ti?

—La verdad es que necesito explicárselo a alguien, Bruna; tú eres mi amiga y quiero contártelo. Verás, salgo volando hacia el exterior por la ventana y llego al lago de los cisnes. En el cielo brilla una gran luna, una luna enorme y redonda, de luz fría pero luminosa y me veo reflejada en la superficie quieta del lago como si fuera un espejo. Entonces es cuando tengo terror.

—¿Por qué? —preguntó Bruna.

—Porque me veo como una gran mariposa, pero no una

mariposa bella, sino horrible, mi rostro es una calavera. Me precipito contra el agua, despavorida de mí misma, y siento el agua fría. Aleteo, pero mis alas pesan mucho al mojarse y ya no puedo remontar el vuelo. Entonces, del fondo del agua surge una gran boca, unas fauces que me rodean y devoran.

—Pues sí es una pesadilla angustiosa.

—Que se ha repetido un día y otro.

—La verdad es que las mías también se repiten, pero no he llegado a lo del lago. Creo que esta noche quitaré el cuadro.

—¿Y qué harás con él?

—No sé, lo meteré en el armario o debajo de la cama.

—Es una buena idea; a lo mejor nos ahorramos esas pesadillas, aunque quizá tenga la culpa esa comida tan rara que nos dan dos veces al día. Es una comida pesada, difícil de digerir.

—Pero parece muy alimenticia. A mí lo que no me gusta son los pétalos de flores, cada día son distintos y los aromáticos me repelen. Me las como mejor cuando no saben a nada.

—A mí lo que me desagrada es esa carne cruda, picada y mezclada con la miel y las nueces; será un plato nutritivo pero también muy monótono y la carne cruda me repugna.

—Pues mezclada con la miel y las nueces se pasa bien.

—Y esa carne, ¿de qué será? Bruna se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé? Mira, creo que no queda otro remedio que aceptar la comida que nos dan. Después de todo, no es comida para perros. Cada plato parece una flor y cada día esa flor es diferente para que no nos cansemos.

—Sí, como si fuéramos mariposas de verdad. Estoy cansada de esto, Bruna, muy cansada.

—Pues hace poco que estamos aquí, te has olvidado demasiado pronto del lugar de donde hemos salido. Esto no deja de ser un milagro para nosotras: Comida fuerte y alimenticia, estos jardines, habitaciones confortables, camas blandas y limpias y personal que nos sirve. No hacemos trabajos desagradables y nos dedicamos por completo a la danza. ¿Qué más puedes desear?

—Libertad.

—¿Libertad? Eso es imposible para las chicas que, como nosotras, no tenemos familia y ni siquiera sabemos de dónde hemos salido. No somos nada, ¿qué libertad podemos exigir?

—Somos personas y yo ansío la libertad con todo mi ser. Creo que me jugaría la vida con tal de conseguir la libertad.

—¿Y qué harías con ella?

—Marcharme a una gran ciudad y llenarme los ojos de luz y de gente, buscar trabajo. Conseguí leer algunas revistas que la directora tenía escondidas en su despacho cuando lo limpiaba y te aseguro que existe un mundo que nosotras no conocemos, pero que está lleno de libertad. Cada cual hace lo que quiere y va adonde le da la gana.

—Eso es imposible, Aurea.

—Pues yo buscaré ese mundo como sea, aunque tenga que morir en la búsqueda.

—¿Quieres decir que intentarás escapar?

—Si se me presenta la oportunidad, sí, pero te pido que no digas nada de esto, me encerrarían. Sé que dentro de unos días saldremos a actuar en un teatro, nosotras haremos de danzarinas de relleno en ese extraño *ballet* en el que las mujeres dominan a los hombres, los exterminan y acaban devorándolos y luego se convierten en maravillosas mariposas de colores que vuelan libres sobre un mundo repleto de flores. En el fondo, lo importante es eliminar a los hombres y que la mujer-mariposa sea el ser más maravilloso y supremo de la creación.

—Eso es sólo como un cuento, Aurea, como un cuento.

—No, no es ningún cuento para madame Atro y tampoco para frau Hortensie o las demás, especialmente las ninfas que tienen un vivo deseo de convertirse en mariposas y creen que de verdad lo conseguirán.

—Aurea, lo dices como si todo fuera en serio. Esto es como una escuela de danza…

—A mí me da la impresión de que no, Bruna, por eso te digo que cuando se me presente una oportunidad me escaparé y no me importa lo que luego sea de mí.

—Pues ten mucho cuidado, por la noche está lleno de perros peores que los del orfelinato.

—Tendré cuidado y ya veremos cuándo lo intento. ¿Quieres acompañarme?

—Me gustaría, pero tengo miedo, Aurea. Después de todo, aquí estamos seguras, comemos bien, no pasamos frío, no nos pegan ni

pillamos aquellos resfriados que se nos comían vivas con la fiebre. Aquí me enseñan danza en serio y cualquier día seré primera danzarina de un gran teatro.

—Me temo que sueñas, Bruna, todo esto me parece una gran trampa y nos están preparando para que nos convenzamos de que deseamos ser lo que ellas quieren que seamos, es decir, mariposas.

—Y dale con lo mismo… Nosotras no podemos ser mariposas porque somos personas.

—Yo comienzo a dudarlo, de tanto llamarme oruga.

—Es que tus pesadillas son peores que las mías. ¿Por qué no se las cuentas a madame Atro? Ella puede darte algún consejo.

—Jamás.

—¿Por qué?

—Porque ella sí que es extraña, como si no fuera un ser humano. ¿Te has dado cuenta de una cosa?

—¿De qué? —preguntó Bruna, como en el fondo fastidiada por las suspicacias de Aurea, la cual concretó:

—Pues que se llama madame Atro.

—Sí, ya lo sé, ¿y qué?

—Airó es la abreviatura de Atropos.

—Puede ser.

—He consultado los libros de la biblioteca que tenemos aquí, donde tanto se habla de las mariposas y de las mujeres del mundo. Atropos era una de las Parcas, tres deidades hermanas y de gran influencia en la vida humana. Atropos es precisamente la que corta la vida y se la representa con las tijeras y un ovillo de hilo que simboliza la vida y que ella corta cuando quiere. Por eso madame Atro lleva las tijeritas en ese extraño anillo que luce.

—¿Y de verdad tú crees que es la muerte? —inquirió Bruna parpadeando.

—No sé qué pensar, pero la mariposa de la calavera se llama *aqueroncia atropos*…

¿Tampoco eso te dice nada?

—Vamos, que según tú, madame Atro tiene mucho que ver con esas mariposas, ¿no?

—Sí. *Aqueroncia* viene de Aqueronte, un personaje funesto que cruzaba las almas de los muertos sepultados al otro lado del río, para llevarlas al infierno.

—Huy, creo que te has calentado la cabeza con tanto leer historietas antiguas.

—Son griegas —puntualizó Aurea.

—¿Y qué más da? A mí no me interesan, todo son simbologías que nada significan. Caminaron un poco, pensativas. Al fin, Bruna rompió el silencio para concretar:

—Mira, yo no quiero escapar, estoy bien aquí. No me falta comida, no me pegan, no tengo que resfriarme fregando suelos, hay jardines hermosos por los cuales pasear, me gusta mucho la danza y, por contra, sólo tengo algunas pesadillas. Yo no veo las cosas como tú las ves, creo que esto que hacemos son simples representaciones que nada tienen que ver con la realidad que tú imaginas. Tienes mucha fantasía, Aurea, pero no temas —la besó en la mejilla—, no diré nada si intentas escapar, te juro que no diré nada si lo haces. Si no tenemos tiempo para despedirnos, buena suerte, siempre seré tu mejor amiga.

Bruna, no deseando continuar aquella conversación que creía la perjudicaba, se alejó dando saltitos con su cuerpo elástico como el de una gacela. Aurea quedó quieta viéndola alejarse y, de pronto, tuvo la sensación más grande de soledad jamás experimentada a lo largo de su vida. Se había sentido muchas veces sola en el orfelinato, rodeada de compañeras, pero siendo una niña, no había llegado a captar toda la pavorosa grandeza de la soledad que ahora la oprimía. Miró en derredor, por encima de los setos bien alineados y cuadriculados del jardín francés. Lejos, en todas direcciones, podía ver la masa oscura de los bosques con un tupido arbolado que los presentaba como un telón de color verde.

Al otro lado debía estar la verdadera libertad, mas para dirigirse hacia ella hacía falta mucha valentía, mucho coraje y un mínimo de bagaje. La ropa que vestía no era la más adecuada para huir, era una ropa que le sentaba como una segunda piel, amoldándose a su cuerpo y realzando sus caderas, su cintura estrecha y flexible, las nalgas redondas y apretadas, su busto alto y turgente, un busto en cuyas cúspides se remarcaban los pezones pletóricos de vitalidad que el frío semejaba realzar al erguirlos.

Estaba sola, aunque a distancia veía a otras muchachas-orugas y también a algunos servidores vestidos con sus sayos pardos que les hacían parecer como monjes, cuando no eran otra cosa que pobres

idiotas sin demasiada capacidad mental para razonar.

Respiró hondo un par de ocasiones y se llenó los pulmones con el aire aromático que la envolvía. Eludiendo todo encuentro, se dirigió hacia el lago de los cisnes.

El lago, que en principio debió ser una charca natural bastante profunda en su centro, tan profunda que sólo se conseguía ver la oscuridad al buscar su fondo, en las orillas había sido reformada y ahora tenía un aspecto artificial, bordeada de piedra con columnas de sostén rematadas por figuras de mariposas.

El lago se extendía hacia una pared vertical de unos treinta metros de altura por la que trepaban hiedras que cubrían casi la tierra y las rocas. Allí, la colina que se levantaba detrás semejaba cortada por la mano del hombre; sin embargo, era un accidente natural.

Es agua llegaba hasta esa pared vertical y en ella, a ras de agua, aparecían unas oquedades donde se introducían los cisnes cuando querían guarecerse o anidar y por la colocación de aquella pared, en el invierno, el sol casi se filtraba dentro de aquellas pequeñas cuevas que los cisnes habían convertido en sus moradas. Y de ellas salían majestuosos, deslizándose sobre la superficie quieta del agua, que tenía un tono verdoso oscuro, para acercarse a la orilla e incluso dejarse acariciar por las muchachas.

En ocasiones, aquellos cisnes salían de la orilla y alzaban el vuelo, se alejaban y luego regresaban, aunque algunos cisnes, no se sabía por qué, no habían vuelto jamás.

Aurea se sentó sobre el borde de piedra. Un sol suave acariciaba su cuerpo quitándole algo de la gelidez que se le había incrustado en el espíritu. El suelo que pisaba era arenoso, bien cuidado y limpio, Todo estaba limpio en aquellos jardines que aislaban el palacete de los bosques.

Alzó su mirada al cielo y vio a un cisne volando; había aparecido por detrás de las colinas y lo envidió por aquel poder de remontarse con sus alas y volar por encima de las colinas, al mundo que había tras ellas. Sí, envidiaba a aquellos cisnes que podían ver todo lo que ella no alcanzaba casi ni a imaginar, a soñar.

Sus únicas pesadillas eran que se convertía en una mariposa macabra que mataba hombres, que los devoraba para exterminarlos y así dejar un mundo sólo para las mariposas.

Contemplaba absorta el vuelo del cisne, que no parecía tener prisa por descender al lago amplio y profundo donde había unos peces llamados gatos, muy espinosos y de color negruzco. Aquel lago, más que por la lluvia que le caía encima, parecía alimentado por una corriente de aguas subterráneas y no se desbordaba porque si el agua llegaba por un manantial subacuático, también debía nivelarse al marchar el agua por alguna grieta o fisura que no se alcanzaba a ver, pues el lago jamás había sido desecado y los peces se criaban allá por millares.

Se mantenía un equilibrio ecológico, pero los dominantes eran los peces gato. Se trataron de introducir carpas y alevines de truchas y fueron devorados pollos voraces peces gato, que los había de muy distintos tamaños. Los más grandes, rara vez se acercaban a la superficie, y los pequeños, que nadaban en bandadas, en muchas ocasiones eran devorados por los mayores de su misma especie. De esta forma se mantenía el equilibrio devorándose unos a otros; de lo contrario, la charca se habría llenado con tantos peces que hubieran muerto por carecer de alimento suficiente, así como oxígeno y espacio vital.

Era la ley del más fuerte, los grandes devoraban a los chicos y sólo los pequeños, astutos, que sabían esconderse a tiempo, se salvaban y llegaban a crecer.

Aurea no se dio cuenta de que por detrás, despacio, se le acercaba una sombra. Cuando escuchó el leve crujido de la arena ya era tarde; unas manos cayeron sobre ella cogiéndola torpemente, pero los brazos eran grandes, poderosos, y la derribaron sobre la arena.

La muchacha quiso zafarse, pero aquel hombre se le echó encima y la doblaba en peso. Era uno de los jardineros de mirada estúpida y risa fácil; incluso, en aquellos momentos, mientras jadeaba, se reía como un idiota que era.

—¡Déjeme, déjeme! —chillaba Aurea queriéndoselo quitar de encima.

—Me gustas, me gustas —repetía el hombre que debía estar atacado por unos furiosos impulsos de satisfacer sus deseos animales, de los que no había quedado exento.

Aquel desgraciado sólo hacía que reírse, mas no soltaba a la joven cuyo cuerpo, ostensiblemente femenino y de cabellos platino

dorados, le atraía con una fuerza inusitada.

Con sus manazas torpes, encallecidas por las labores del jardín, quiso arrancarle la ropa y lo consiguió en parte.

—¡Auxilio, socorro! —gritó Aurea viendo que era inútil darle puñetazos a aquel idiota que trataba de abusar de ella para satisfacer unos impulsos sexuales que estaban por encima de su débil raciocinio.

Aurea habría sucumbido a la sexualidad de aquel hombre que tenía una fuerza muy superior a la suya si de pronto éste no hubiera comenzado a retorcerse de dolor. Cogiéndose la cabeza, empezó a dar alaridos y se le torció hasta la lengua.

Se apretaba el cráneo con ambas manos y parecía como si millares de voltios atravesaran su cerebro.

Aurea se escurrió por la arena y se apartó de él. Vio cómo aquel desgraciado, cubierto con el sayo pardo de la servidumbre, se revolcaba por el suelo incapaz de soportar el intenso dolor que apuñalaba su mente.

Al fin, aparecieron tres mujeres; dos eran vigilantes, y la tercera, la mismísima frau Hortensie, que miró con gesto reprobador a Aurea.

—No debes ir provocando a estos desgraciados servidores.

—Si no lo he provocado, estaba junto al lago…

—No es bueno apartarse de las demás y quedarse sola. —Se volvió hacia las vigilantes y ordenó—: ¡Llevadlo al cepo!

Cada una por un brazo cogieron al desgraciado idiota, llevándoselo a rastras. El dolor parecía ceder dentro de su cráneo.

Aurea, más tranquilizada pero todavía agitada por el miedo que había pasado, preguntó:

—¿Qué le van a hacer?

—Merece un castigo.

Aurea, muy preocupada,, comprendiendo que después de todo aquel ser, por idiota, era un total irresponsable, preguntó:

—No irán a matarlo, ¿verdad?

—¿Matarlo? —repitió frau Hortensie viendo como las dos mujeres se llevaban al jardinero, que balbucía incoherencias propias de un niño de cuatro años—. No, no vamos a matarle, Tú no sabes lo difícil que es encontrar servidores como él, con un coeficiente de cincuenta a sesenta y que hayan sido preparados para trabajar en

jardinería y que nadie quiera saber de ellos. Son buenos trabajadores si se les sabe llevar, no hacen preguntas y no hablan de más, sólo algunos tienen un defecto.

—¿Como él?

—Sí, se sienten atraídos por las chicas jóvenes y bonitas como tú, pero eso tiene fácil solución; él seguirá trabajando, sirviendo sin problemas, como un buey. Ese será su castigo.

—¿Como un buey?

—Sí, es bueno que vayas sabiendo cosas de la vida, Aurea.

—¿Lo castrarán? —balbució anonadada.

—Eso es, no podemos perder unos brazos tan valiosos para el trabajo. Ahora, ve a tu habitación y cámbiate, no sea cosa que tengamos que castigar a otros.

—Lo siento. Si se pudiera evitar lo que van a hacerle…

—No, y no sientas jamás pena por un hombre, son seres inferiores que por su mayor fuerza nos han sometido y esclavizado a través de los tiempos, pero es hora ya de que nosotras nos impongamos a ellos y seamos las dueñas del mundo; pero hay que trabajar con sutileza, sin dejarse ver. No podemos formar un ejército formal y regular porque no lo conseguiríamos jamás.

Se le acercó y le acarició los rubios cabellos y el rostro hermoso.

Acercándosele más, trató de besarla en los labios, pero no lo consiguió. Aurea se zafó de ella y se alejó corriendo hacia el palacete, frau Hortensie, que vestía pantalones y un ajustado jersey, pues no parecía pertenecer a la orden de orugas, ninfas ni mariposas, se quedó allí junto al lago de los cisnes, sonriendo con suficiencia.

No parecía molesta, era como si tuviera la certeza de que al final, tarde o temprano, ella se saldría con la suya, es decir, satisfaría sus más íntimos deseos.

CAPÍTULO VI

Michel aguardaba en la calle frente al colegio. Salieron muchachas de diferentes edades y, al fin, las mayores y, entre ellas, Berty, con unos cuadernos apretados con el antebrazo contra el costado. Sus amigas cuchichearon algo señalando a Michel y Berty se despidió de ellas acercándose al joven ingeniero.

—¡Michel!

—Vamos, sube.

Le abrió la portezuela del coche y Berty no dudó en subir mientras sus amigas no disimulaban una mirada de envidia. Otros muchachos esperaban, pero no eran tan altos, tan varoniles como Michel y tampoco llevaban un Citroën CX.

—¿Ha aparecido tu padre?

—No —denegó pesarosa—, y no sé qué hacer.

—¿Has avisado a la familia?

—No, pensarían que mi padre está con alguna de sus conquistas en otro lugar, quizá hasta en otro continente, y no sería extraño de papá, porque buscando a la mujer ideal que supla a mamá, es capaz de marcharse a Australia.

—¿Tú crees que se ha ido a Australia?

—No, claro que no, yo creo que ha pasado algo.

—¿Te has decidido a avisar a la policía?

—No. Hoy han vuelto a hacer preguntas sobre Erika, sobre su desaparición, comprende que los relacionarían enseguida. Sería terrible y, luego, quizá no fuera verdad. Todos podemos equivocarnos.

—Es cierto y tú estás esperando que los encuentren, ¿verdad?

Ella bajó la cabeza, casi ocultando el rostro, que asintió con ligeros movimientos.

—Temes que hayan sufrido un accidente y, si es así, prefieres que los encuentren juntos, pero que no tengan que buscarle como a un criminal.

—Tengo el presentimiento de que mi padre ha muerto, Michel. —Tuvo que apretar las pestañas para evitar que las lágrimas no brotaran de sus ojos y añadió—: Pero he de callar y aguantar hasta que lo que sea se descubra por sí mismo. Quizá la policía encuentre un coche caído en un barranco y no me extrañaría que Erika estuviera allá con mi padre.

—No desesperes, pero si tu padre tarda algunos días más en aparecer, será conveniente acudir a la policía, pase lo que pase; hablaremos de una forma confidencial, como temiendo que le haya ocurrido algún accidente.

—¿Me ayudarás, Michel?

—Naturalmente, estoy a tu lado por y para todo y, cuando todo se normalice, nos casamos.

—No he terminado mis estudios.

—No importa, continuarás estudiando, pero ya seremos el uno del otro.

—Como quieras, pero dicen que pocas estudiantes casadas terminan graduándose.

—Tú te graduarás en lo que desees, porque yo te lo exigiré, Me caso con una mujer hermosa, pero también inteligente. ¿De acuerdo?

—Eres increíble, Michel. Eres todo lo que dicen las feministas que no sois los hombres; os pintan como a déspotas que nos tenéis como objetos de placer y esclavas para servicios menores, pero que no creéis en nuestra inteligencia.

—Es que hay feministas muy radicales y furiosas en sus ataques.

—¿Estás contra las feministas?

—No, claro que no. Las feministas luchan por una igualdad total a la que tenéis derecho, pero las radicales pretenden un mundo sólo para las mujeres y a los hombres nos catalogan como a abortos o algo así. Si pudieran, nos castrarían a todos nada más nacer. Comprenderás que…

Berty se echó a reír, hacía ya días que no se reía ante las preocupaciones que la agobiaban.

—¿Y qué haríamos las mujeres ansiosas de amor si estuvierais

capados?

—Algunas de esas radicales se consuelan entre ellas.

—Sí, ya sé que hay muchas así, incluso en el colegio hay algunas chicas con esas tendencias, se les nota; pero ¿adónde me llevas?

—Primero iremos a cenar algo frugal como a unos cien kilómetros de aquí y, después, a un espectáculo.

—¿Cien kilómetros, no queda un poco lejos?

—Sólo es una ciudad más pequeña. En el teatro de esa población hay un espectáculo que quiero que veamos juntos.

—¿Tan importante es?

—Bueno, creo que nos interesará y como a ti no te espera tu padre.

—No, no me espera mi padre —admitió con un tenue suspiro—. Si le pierdo a él, ¿qué me queda?

—Te quedo yo. Ya sabes, en cuanto sea posible nos casamos y no me vengas con puñetas de preparación de bodas pomposas.

—Claro que no; sin embargo…

—Ya, te gustaría casarte de blanco, ¿no es eso?

—Tonto… Bueno, me compraré un vestido blanco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, y respecto a tu padre te diré que yo también lo estoy buscando.

—¿Tú, y de qué forma?

—He contratado a una agencia de detectives.

—¿Detectives privados?

—Sí. Así lo buscamos y no se entera nadie ni se relaciona su desaparición con la de tu amiga Erika.

—¿Y si los encuentran juntos?

—Si no ha pasado nada, me lo comunicarán a mí particularmente, pero si ha ocurrido algo desagradable, la obligación de los detectives privados, además de avisar a su cliente, es advertir a la policía.

—Lo comprendo. Dios quiera que no haya sucedido nada irremediable, pero esta ausencia tan larga y sin dar aviso…

Michel aceleró el coche por la autopista. El Citroën CX, con su motor silbante, rodaba a gran velocidad, adelantando suave, sin forzamientos, a los otros vehículos que viajaban en la misma dirección.

Para Berty, el paisaje pasaba rápido, como los minutos mientras

oscurecía.

Dejaron atrás los espacios abiertos, para introducirse en la ciudad provinciana cargada de valores góticos en sus edificios nobles, mansiones cargadas de historia, pero con una vida más apacible y adormilada que la de la gran metrópoli.

Michel la condujo a un recoleto restaurante de comida regional desconocido para Berty, debido a su juventud y a su gusto todavía lego en la gastronomía, pues aún estaba en una edad de comer más que saborear y sentir placer ante un plato escogido y selecto; pero lo que más agradó a la muchacha fue el reservado en el que cenaron y bebieron un «Saint-Emilion» tinto muy fragante.

El aire fresco de la noche azotó sus rostros y Berty sintió, placer. Conservaba el grato calor de aquella intimidad en el restaurante con Michel y el calorcillo del vino que quizá había tomado en mayor cantidad de lo habitual.

—¿Adónde vamos ahora?

—Aquí cerca está el teatro, podemos ir andando.

Ella se cogió del brazo masculino y protestó débilmente:

—No voy vestida para ir a un teatro, parezco una colegiala.

—No digas tonterías, vas con un jersey, *blue-jeans* y trenca con capucha, como van la mayoría de las mujeres hoy en día. ¿Crees que lo que te vayan a ofrecer en el escenario del teatro va a ser mejor porque tú te pongas un vestido de alta costura y te cargues de joyas?

—Sí, es una tontería —admitió—. Es como pensar que la intelectualidad es patrimonio de los ricos, del lujo.

Se acercaron al teatro, que tema un buen número de luces fluorescentes encendidas.

—Esfíngides Ballet —leyó Berty en los rótulos—. ¿Qué es esto?

—Aquí no se ganan mucho dinero en la representación. Es un *ballet* que hay que ver al natural; su promotora y directora, madame Atro, no permite que se filme ni aparezca en televisión, pese a que, según he oído comentar, varias cadenas de televisión le han ofrecido sustanciosas cantidades de dinero para que se dejen filmar y así pasar por la pequeña pantalla, pero ella se ha negado en redondo.

—¿Por qué?

—Sólo quiere actuar en directo, frente a un público vivo.

—¿Y de qué se trata el *ballet*?

—Cuando me enteré, no me lo creía. Me cercioré bien y entonces me apresuré a pedir un par de entradas, porque seguro que el local estará lleno, máxime en una ciudad provinciana como ésta donde hay pocos espectáculos de calidad. Las gentes acomodadas, cuando se presenta un espectáculo que consideran importante, acuden en masa.

Michel tenía razón. Aquel espectáculo había constituido un evento importante en la pequeña urbe provinciana, por lo que habían acudido todas las fuerzas vivas y la alta burguesía, ocupando la platea y los palcos del coqueto y bien conservado teatro.

También, para hacerse ver e incluso luciendo más joyas que los poderosos, acudió la burguesía media, aunque entre las gemas auténticas, había mezcladas muchas falsas que igualmente fulguraban a la luz de las muchas bombillas encendidas en el vestíbulo.

Michel pasó a Berty entre medio de la gente trajeada de gran gala, como si se tratara de una ópera prima en la Scala de Milán, la Opera de París o el Gran Liceo de Barcelona, Lo que procuraba Michel, intencionadamente, es que Berty no se fijara en los tablones que exponían el programa. Quería que la muchacha recibiera un impacto al ver lo que iba a representarse en el escenario.

Los importantes de la ciudad provinciana los observaron de reojo por su desenfadada forma de vestir y posiblemente los tomaron por reporteros progresistas llegados de la capital, ya que no se les conocía en el ambiente de la pequeña ciudad donde sólo podía levantar cabeza aquel al que los poderosos se la dejaban levantar.

El revisor de las entradas, con la cabeza inclinada, les miró casi por encima de las cejas, no le gustó su forma de vestir. Lo reaccionario, lo anquilosado, encontraba mejor terreno para enraizar en una pequeña ciudad que en una gran metrópoli, donde era más difícil que la gente se preocupara de su prójimo. Si esta despreocupación de las megápolis tenía el inconveniente da atenazar a las personas en la soledad dentro de la gran multitud, también tenía ciertas ventajas y una de ellas era la libertad y el poder ser uno mismo, sin verse obligado a tener que uniformarse como la sociedad exigía, un uniforme que tenía los pretextos de la

elegancia y los buenos modos, pero que en el fondo no tenía otra misión que marcar distancias y poner a cada cual en su lugar, siempre desde el punto de vista de la oligarquía que imponía su poder económico, político y social.

Una propina dada con largueza había conseguido que Michel se hiciera con un par de buenas butacas de platea.

Entre murmullos de saludos y cortos cambios de impresiones, las butacas se fueron llenando y Berty se vio sentada al lado de una mujer gorda y enjoyada que más parecía el escaparate de una joyería; la mujer miró a la joven por encima del hombro y luego cuchicheó al oído del hombre que la acompañaba algo que ni Michel ni Berty entendieron.

Por contra, a Michel le tocó estar sentado junto a una treintena que le sonrió obsequiosa y su sonrisa no escapó a Berty, que se molestó.

—Esto parece una gran gala —cuchicheó Berty al oído de Michel para no ser menos en los murmullos que el resto de los espectadores.

—Para esta gente provinciana, lo es, aunque cada vez que hay algún espectáculo importante en la capital, ellos cogen sus lujosos coches y se desplazan rápidamente; no quieren perder comba en eso de estar al día y los que se cuidan de las casas de estética y alta costura, sacan más dinero de los bolsillos de esta gente que de los poderosos de la mismísima capital, que se preocupan menos de aparentar que son importantes.

Berty tuvo un pequeño regocijo de sentirse allí, en aquella butaca. Se había olvidado ya de su jersey, de la trenca que había dejado en el guardarropía y que casi se la habían cogido con pinzas, de sus pantalones tejanos. La oscuridad que lentamente se adueñaba de la sala les igualaba a todos.

Tenía ganas de contemplar aquel extraño *ballet* que no se dejaba filmar por la televisión y el cine y sólo deseaba actuar frente a un público vivo.

El escenario era amplio, no tanto como para representar *Aida*, pero sí suficiente para óperas más íntimas y, por supuesto, para el *ballet,* siempre que el cuerpo de baile no sobrepasara la cifra de cien bailarines.

Todo parecía muy cuidado. Aquel público exigía que en su

ciudad los espectáculos fueran cuidados y así se presentó, apareciendo el escenario lleno de color con una decoración figurativa realista que simulaba una bella pradera, tres árboles, algunos arbustos, un riachuelo de aguas rumorosas y flores enormes, todo luciendo como en un día espléndido de primavera.

De pronto, todo el escenario comenzó a cobrar vida y de entre las hojas de las plantas, agigantadas para conseguir los efectos buscados, comenzaron a surgir las danzarinas.

Primero aparecieron unas cuyos cuerpos aparecían pintados de un blanco verdoso sobre su neta desnudez, unos cuerpos jóvenes y estilizados que semejaban comer parte de aquellas hojas y luego se desplazaban de un lado a otro en perfectas y armónicas evoluciones.

—Son orugas —le dijo Michel al oído, haciéndose oír por encima de una música bucólica.

—Déjame el programa —pidió Berty.

—No.

Más tarde aparecieron otras danzarinas, que tenían una misión más completa en su danza; eran menos y sus evoluciones resultaban aún más perfectas.

—Esas coloreadas son las ninfas —volvió a explicarle Michel.

El primer acto terminó con la danza de las orugas y ninfas, aunque por encima de ellas a Michel le destacó una jovencísima oruga de cabellos rubio platinos que ponía un gran arte en todo cuanto hacía. Hubo una ovación cerrada, pues la danza complació al público asistente.

Berty, absorta en el espectáculo, parecía haberse olvidado de los problemas que la habían agobiado. Se abrió el segundo acto y aparecieron unas danzarinas obviamente disfrazadas de hombres y que iban provistas de palos y unos cazamariposas.

Danzaron al compás de una música que ya no era bucólica sino agresiva. Se entabló una figurada y encarnizada persecución de los hombres contra las orugas y ninfas. A las orugas las mataban a palos allá donde las encontraban y a las ninfas, las atrapaban en los grandes cazamariposas de donde ellas no podían escapar.

Fueron apareciendo en escena grandes jaulas doradas en las que las ninfas capturadas eran encerradas. Había angustia en las danzarinas que eran aniquiladas o enjauladas por los hombres, pero, poco a poco, un juego de luces fue haciendo destacar un gran

ovillo de seda dorada que pendía del árbol que estaba al fondo pero centrado en el escenario.

El segundo acto concluyó con la muerte de las danzarinas-oruga, la captura de las ninfas y el gran éxito de los hombres cazadores.

Parte del público asistente se dirigió al vestíbulo para cambiar impresiones, lucir sus galas, chismorrear y hacerse ver para obtener favores recíprocos.

Michel y Berty permanecieron en sus respectivas butacas. La joven preguntó entonces:

—¿Qué significado tiene este extraño *ballet*?

—Opino que no es una simple exposición de que el hombre ataca a las orugas, a las ninfas y luego a las mariposas, sino que todas ellas representan a la mujer que se ve aplastada, capturada y anulada por una sociedad machista. Creo que eso es lo que intenta decir el creador de este *ballet*, aunque no sé si el público lo captará en esta forma.

—Y luego, ¿vendrá la liberación de la mujer?

—Posiblemente; de momento, las más hermosas quedan encerradas en jaulas de oro.

—Entonces, ¿se trata de un *ballet* feminista?

—Creo que sí y me temo que terminará mal.

—¿Para quién, para los machistas o para ellas?

—Ya lo veremos.

Sonaron los timbrazos de llamada y los espectadores regresaron a sus butacas. Se apagaron las luces, se alzó el telón y apareció de nuevo el escenario representando la campiña.

Los focos, ahora iridiscentes, se concentraron en el gran capullo de seda mientras las ninfas se movían impotentes para escapar de sus jaulas doradas. Los hombres se habían reunido en torno a una fogata, era de noche y habían plantado una amplia tienda de campaña. Parecían contentos y las enjauladas saltaban de un barrote a otro buscando la libertad.

El gran capullo empezó a moverse y a romperse por su parte superior. La seda se fue deshilachando y el público no pudo evitar un estremecimiento al ver aparecer una especie de mano alargada por finísimas y puntiagudas uñas. Al fin, brotó el gran lepidóptero del tamaño de un ser humano. Obviamente, era una mujer, también desnuda y pintada, de modo que semejaba llevar ropa de colores.

Comenzó a sacudirse sobre el propio capullo de seda ya roto y comenzó a desplegar sus alas grandes y hermosas, unas alas proporcionadas. Nada se veía allí falso e irreal, todo había tomado un carácter de realidad que sobrecogía. Largas antenas coronaban el rostro de aquella mariposa gigantesca que era una calavera humana.

—Michel, Michel, es la mariposa —balbució en voz baja Berty mientras clavaba sus dedos en el brazo masculino con verdadera angustia.

—Ptsssss —pidió la gorda sentada junto a Berty.

La calavera de la mariposa semejó mirar al público de la sala con talante desafiador. Plegó sus alas hacia atrás y las hizo estridular provocando un fuerte chirrido que no salía del foso de la orquesta. Era un gran chirrido amenazador y a la vez una llamada a otras mariposas, a una legión de mariposas.

Al fondo del decorado aparecieron sombras de mariposas gigantes con las calaveras por rostro. Las ninfas, dentro de sus jaulas, comenzaron a danzar frenéticamente, acusando la llamada de la gran mariposa que, dejando de estridular, desplegó sus alas y se lanzó desde lo alto sobre los cazadores, clavándole sus garras, abatiéndolos mientras aleteaba.

El público aplaudió, sin darse cuenta de que aquel aleteo no era ningún truco, que la mariposa gigante había volado efectivamente.

Los cazadores se asustaron ante el ataque de la mariposa gigante que caía sobre ellos letalmente vengadora. Quisieron repeler el ataque empleando sus palos y los cazamariposas, todo en un conjunto de bellas evoluciones de danza, mas por los laterales fueron apareciendo otras mariposas gigantes. Éstas no volaban, pero sí movían sus alas y, uniéndose a la que había brotado del capullo, atacaron a los cazadores hasta dejarlos muertos.

Vino la culminación de la obra abriendo las jaulas doradas para que las ninfas fueran libres y retornaran a sus flores, a sus hojas, mientras el grupo de mariposas gigantes que habían ayudado a la supuesta reina evolucionaban en danzas airosas.

La que había brotado del capullo voló hacia la rama del árbol ante la admiración del público, que no se explicaba el truco que se empleaba, pero lo daban por válido, pues un espectador, en la sala de un teatro, está dispuesto a aceptarlo todo como irreal dentro de

la realidad que desea ver.

La mariposa reina, junto al capullo del que había salido, torno a mirar desafiante al público con sus ojos de calavera que no estaban vacíos. Plegándolas en parte, comenzó a frotar las alas provocando el furioso y gran chirrido mientras descendía el telón y sonaba un aplauso cerrado.

—Michel, Michel, es la mariposa que vimos en el chalet, estoy segara.

—Tranquila, Berty, tranquila. Intuía algo de esto y quiero averiguar lo que pasa, espérame en el vestíbulo.

—¿Adónde vas?

—Espérame en el vestíbulo —insistió.

Se alejó hacia los palcos y, de allí, a una puerta cubierta por una espesa cortina de terciopelo. Apartó la cortina cuando el público ya se dirigía hacia la salida.

La puerta de madera estaba cerrada y Michel, sin dudarlo dos veces, cargó con el hombro contra ella. Saltó el cerrojillo interior y una vieja cerradura.

De pronto, una sombra que semejaba poseer un aura dorada, casi se le echó encima, suplicándole angustiosamente:

—Por favor, por favor, ayúdeme a salir de aquí sin que me vean…

Pese a la escasa luz, Michel vio que era una de las danzarinas que interpretaran el papel de oruga. Era la muchacha del cabello rubio platino que de alguna parte de los camerinos del teatro había tomado una capa para envolverse con ella.

—Ven conmigo, ya hablaremos.

Protegiéndola con su brazo, se la llevó entre los palcos, buscando la oscuridad.

Al llegar al vestíbulo, Michel hizo una seña a Berty para que se le acercara y, caminando muy aprisa, se dirigieron a la calle y de allí al CX, en el que se encerraron.

—Michel, ¿quién es esta chica?

—Me llamo Aurea —dijo ella temblándole la voz. De pronto, comenzó a llorar convulsivamente.

CAPÍTULO VII

El Citroën CX se hallaba estacionado entre otros automóviles, suficientemente lejos de la puerta del teatro como para no llamar la atención y lo bastante cerca para que desde su interior pudieran ver lo que ocurría en la puerta del teatro.

Aurea, muerta de miedo, se hallaba encogida en el asiento posterior del auto; al volante estaba Michel y, junto a éste, Berty. Todas las luces permanecían apagadas mientras ellos observaban a distancia.

Los espectadores se habían marchado hacia sus respectivos hogares a bordo de los lujosos automóviles. Por la puerta del teatro no tardaron en aparecer cuatro hombres, posiblemente empleados del local, que miraron hacia el exterior tratando de escrutar los rincones oscuros de la calle.

—Te están buscando —dijo Michel a la joven fugada.

—Si me encuentran, me obligarán a ir con ellos.

—Creo, Aurea, que no querrán armar escándalo. Por lo que nos has contado, preferirán que tu fuga no se haga pública.

En la puerta apareció una mujer de aspecto duro y austero. Miraba también a un lado y a otro y dio órdenes tajantes a los cuatro hombres que no se alejaban demasiado de la marquesina del teatro.

—Ésa es frau Hortensie. Es la mujer de confianza de madame Atro, que es la verdadera dueña de todo.

—Averiguaremos quién es madame Atro y también lo que ocurrió en la urbanización —dijo Berty entre dientes.

Los cuatro empleados se desparramaron por las calles adyacentes, era obvio que buscaban a la muchacha fugada. Uno de los empleados anduvo hacia donde se hallaba estacionado el

Citroën CX y Aurea se dijo en voz alta:

—Me descubrirá.

—Échate al suelo y cúbrete con la capa.

Mientras Aurea obedecía, Michel abrazó a Berty y la besó en los labios justo cuando el tipo se pegaba casi al cristal lateral. Michel se separó de Berty y bajó el cristal, airado.

—¿Busca algo, amigo?

Había intencionada agresividad en la pregunta de Michel y el hombre se echó atrás instintivamente.

—No, no, bueno, es que una muchacha se ha perdido.

—Pues búsquela en otra parte, largo.

—Sí, sí, disculpe —se apresuró a decir al ver que Berty no era la muchacha que buscaba, pues el cabello no correspondía.

Dejaron pasar tiempo. Los empleados regresaron, frau Hortensie repartió unos billetes entre ellos y siguió dándoles órdenes tajantes que los hombres aceptaban con movimientos afirmativos de cabeza que podían equivaler a que continuarían buscando hasta hallar a la fugitiva.

Después, frau Hortensie fue a buscar su Fiat 1500 y una de las vigilantes se dirigió al microbús. Unos empleados cargaron diversos objetos y las muchachas salieron del teatro entrando en el Fiat y en el microbús, apretándose unas contra otras para caber bien.

Bruna, con sus ojos oscuros, miraba a través de la ventanilla del Fiat para ver si descubría a su amiga al fin huida, mas no la vio.

—Ahora se van —dijo Berty. Michel manifestó:

—Les seguiremos.

Aurea, ya aposentada en el asiento, con toda la sinceridad de que era capaz, dijo:

—Tengo miedo.

—Si podemos hacer algo, tú nos ayudarás decisivamente porque conoces el lugar. Hemos de aclarar todo este misterio, creo que podemos descubrir cosas muy importantes.

—Y madame Atro, ¿cuál es? —preguntó Berty.

—No está, no la he visto salir.

—Pero ¿ha llegado al teatro?

—Sí, ha llegado, pero luego ha desaparecido y ya no la he vuelto a ver.

—¿No se habrá quedado dentro del teatro? —interrogó Michel.

—No creo —opinó Aurea.

—¿Puede ir en otro coche? Aurea denegó con la cabeza.

—No, no, ella siempre viaja en el Fiat que conduce frau Hortensie, sólo parece confiar en ella.

—Está bien, las seguiremos y por lo menos sabremos dónde está ese palacete del que nos has hablado. Después, si hace falta esconderte, no temas, el portaequipajes de este coche es grande y te meterás dentro, no te descubrirán.

El CX abandonó el estacionamiento de forma casi silenciosa, produciendo tan sólo su característico y ligero silbido. Dejó que el microbús que seguía al Fiat 1500 se alejara, pero sin llegar a perderlo de vista. Era una noche clara, de gran luna.

Michel rebajó la potencia de sus faros para no hacerse ver y, cuando estuvieron en la carretera, desconectó las luces delanteras de las posteriores, ya que así había preparado el coche él mismo como ingeniero que era.

Se aproxime más al microbús sin temor a ser descubierto, ya que frontalmente no llevaba luces. Aquello podía significar un peligro, pero la carretera era tranquila y el propio microbús y el Fiat que iba delante evitaban que ningún otro vehículo le pudiera venir de frente por el carril derecho. No sería fácil que le descubrieran por los espejos retrovisores.

—No corras mucho, Michel, nos vamos a estrellar —advirtió Berty.

—No temas, veo lo suficiente gracias a la luna y no pierdo de vista las luces posteriores del microbús.

Lo que Michel, Berty y tampoco Aurea pudieron ver fue que desde una ventana alta del teatro, una mariposa gigante, cuyo cuerpo era del tamaño de un ser humano, se lanzaba al espacio nocturno, su Reino de las tinieblas.

Con su rostro de calavera, sobrevoló la ciudad sin que nadie pudiera ver su fantasmagórico vuelo. Suavemente, se posó sobre el tejado del burgomaestre y allí estriduló mientras entre sus manos sostenía un ovillo de hilo que dejó rodar por el tejado, cayendo hacia la calle.

Con unas diminutas tijeras que llevaba en el anillo, cortó el hilo y sólo quedaron unos centímetros del mismo entre sus manos, mientras el resto resbalaba hacia abajo. Aguardó y, de pronto, se

pudo escuchar un grito, luego llantos desesperados.

La mariposa gigante frotó sus alas macabras provocando el chirrido frenético de sus estridulaciones, como satisfecha de su obra al cortar una vida simbólicamente.

Remontó el vuelo alejándose de allí volando con la rapidez característica de las *aqueroncias atropos*, vulgarmente conocidas como mariposas de la muerte.

Al poco, nada más alejarse de la ciudad y como atraídas por la llamada de sus enormes alas, del suelo brotaron cientos de pequeñas mariposas de la muerte que siguieron a la que parecía su reina como una nube aleteante, dispuestas a ir adonde ella las llevara.

Volaron sobre prados y bosques, por encima de las casas y desgraciados los que vivieran en una de las casas donde aquella mariposa gigante se detuviera, porque significaba que la muerte había puesto sus pies en ella, lo mismo que hiciera en la mansión del burgomaestre de la pequeña ciudad provinciana.

El viaje por carretera se hizo largo y pasaron varios momentos de peligro al ver coches en contra pese a la escasa circulación a tan altas horas de la noche.

—¿Crees que falta mucho para llegar? —inquirió Michel. Desde el asiento posterior, Aurea contestó:

—No, no creo que falte ya mucho. Recuerdo que la carretera tenía muchas curvas; es un lugar metido entre colinas y rodeado de muchos árboles, un sitio muy solitario.

—Eh, Michel, se salen de la carretera —señaló Berty, que también estaba atenta.

—Parece que ya llegamos —admitió Michel disminuyendo la marcha. Salieron de la carretera y rodaron por un camino particular. Michel dijo:

—Nos meteremos en el bosque para que no nos descubran, el coche se ve demasiado.

Abandonaron el camino forestal y se introdujeron en el bosque. Rodeados de árboles, Michel detuvo el auto y, tomando una linterna, miró a su alrededor.

—Podemos dejarlo aquí. Quedaos dentro y yo iré a ver qué encuentro.

—Yo voy contigo —indicó Berty, resuelta.

—Pues yo os acompaño, no podría soportar quedarme sola aquí.

—Puedes quedarte en el maletero, acurrucada no te descubrirán.

—No, no, iré con vosotros, os indicaré el camino. Hay perros —advirtió Aurea.

—Yo tengo un aparatito que funciona con pilas y que ahuyenta a los perros. Provoca una alta frecuencia de ultrasonidos que, si se conecta de súbito, los hace ladrar, pero si vas con él conectado sin exceso, los aleja. Este chisme tiene que construírselo uno mismo, porque en el mercado no está a la venta, sería terrible para los perros en general.

Se apearon del coche. Michel barrió con la luz en derredor y descubrió unas rodadas.

—Parece que otros coches han estado antes aquí.

—No sabía nada —dijo Aurea.

—Esperad. Antes de dirigirnos al palacete veremos adónde conducen estas rodadas, podría ser que hubiera otra entrada.

Anduvieron siguiendo las profundas rodadas de automóvil y al fin, al notar el suelo blando después de una pendiente, Michel pidió:

—Quietas, esto es una ciénaga.

La luz de la linterna enfocó una superficie, que brilló inmediatamente pese a estar muy sucia.

—¿Qué es? —preguntó Berty.

—Un coche, seguro que es un coche —gruñó Michel.

—¿Un coche que se ha metido en la ciénaga?

—Sí, y no se ha hundido del todo, quizá porque con las ruedas ha tocado fondo o porque está lleno de aire o gas. Habrá sido un accidente.

—¿Avisaremos a la policía?

—Seguro, pero antes intentaremos sacarlo —propuso Michel.

—¿Cómo? —preguntó Berty.

—Yo tengo una cadena de arrastre; pondré mi coche de espaldas y veremos de unir los dos con la cadena. Espero que haya suerte, mi coche es bastante potente.

—¿Y cómo podrás atar éste? Sólo se ve un poco del techo —le observó Berty.

Michel se abstuvo de responderle. Fue hacia su coche, le dio la vuelta y, marcha atrás, descendió por la pendiente hasta dejarlo a una distancia que juzgó suficiente.

Puso el freno de mano y la primera, para que el coche no se fuera hacia atrás y tuviera el mismo fin que el que ya estaba hundido en la ciénaga. Sacó la cadena de arrastre, la sujetó a su coche y luego tendió la linterna a Berty.

—Ilumíname.

—No te arriesgues, Michel, puedes caer en la ciénaga.

—Si me caigo, me arrojas la cadena y ya saldré.

Dio un salto y cayó encima del capó. El coche hundido se movió, lo que indicaba que no tocaba fondo y que posiblemente, por hallarse lleno de aire al cerrar hermético, no se había hundido del todo.

Michel, arriesgándose, se colocó sobre el maletero que no se veía. Hundió sus manos y se enfangó hasta el cuello.

—Michel, cuidado —le pidió Berty alumbrándole con la linterna.

Jugándose la vida, Michel logró pasar la cadena por el parachoques del coche que flotaba en la ciénaga, pero demasiado hundido para poder ver su interior.

—Berty, ¿sabrás poner el Citroën en marcha?

—Sí, sí.

—No te equivoques, y dale mucho gas.

Berty se subió al coche y lo puso en marcha. Quitó el freno de mano, todo con movimientos nerviosos, llena de tensión y la cadena se tensó. Las ruedas se clavaron en la tierra blanda, resbalaron un poco, pero al fin agarraron bien y comenzó a avanzar.

El coche fue saliendo lentamente de la ciénaga con Michel encima. Berty pisaba el acelerador a fondo y el motor rugía. Al fin, el otro coche quedó rescatado, apareciendo totalmente lleno de fango.

—¡Sigue, sigue adelante hasta dejarlo arriba! —pidió Michel.

Berty continuó con el coche hacia lo alto y al fin quedaron los dos a salvo de la ciénaga. Michel, cubierto de barro como si fuera él y no el coche el rescatado del lodo, limpió la matrícula y cuando Berty la enfocó con la linterna, no pudo evitar un grito de angustia y dolor.

—Es el coche de tu padre, ¿verdad?

—¡Sí!

Michel forcejeó tratando de abrir la portezuela, que parecía agarrotada. Al fin lo consiguió y Berty iluminó el interior.

—¡Dios mío, es Erika!

—Será mejor no tocar nada, Berty, todo esto es asunto de la policía.

—¿Y mi padre, y mi padre, dónde está mi padre? —gritó, presa de una crisis de nervios.

—No lo sé, pero temo que aquí ocurrió algo muy feo. Dentro están también las ropas de tu padre; es preferible dejarlo todo como está para que la policía se haga cargo. Ahora, la verdad, me gustaría limpiarme de todo este repugnante lodo.

—Aurea, ¿tú sabes algo de mi padre? ¿Lo sabes? —inquirió ansiosa—. Dímelo, ¿sabes algo?

—No sé nada, no sé nada.

—Déjala tranquila, Berty, ¿no ves que ella no sabe nada? Maldita sea, lo que me hace falta a mí es agua aunque sea fría, para quitarme todo este barro.

—Hay agua en el lago de los cisnes —dijo Aurea.

—¿El lago de los cisnes? —repitió Michel girando sobre sí mismo para escrutar su alrededor.

—Está en los jardines del palacete.

—Vamos, podemos dejar los coches aquí.

Rodeando el muro por su lado abierto, se introdujeron en los jardines del palacete. Berty llevaba el pequeño aparato electrónico que por ultrafrecuencia de sonido alejaría a los perros.

—Mira, el palacete —exclamó Berty. Michel opinó:

—Es hermoso a la luz de la luna.

—Yo no quiero volver, me da miedo, en todas partes está el símbolo de la mariposa —expuso Aurea sobrecogida.

Evitando ser vistos, se acercaron al lago, que parecía más oscuro y siniestro que nunca.

Michel comenzó a limpiarse, primero las manos.

—Está fría el agua —rezongó.

De pronto, escucharon el intenso chirrido de las estridulaciones de la mariposa gigante. Se volvieron los tres y la descubrieron sobre un arbusto. Berty la enfocó de lleno con el haz de luz de la linterna.

—¡Es la mariposa, Michel, la mariposa de la muerte!

La mariposa les observaba a su vez. Bruscamente, dejó de frotar sus alas anteriores, largas y estrechas, y aleteó elevándose con sus afiladas garras por delante abatiéndose sobre Michel.

El joven esquivó los zarpazos al tiempo que le asestaba un puñetazo a la altura del vientre.

La maligna mariposa vaciló en el aire cuando Aurea saltó sobre ella desesperadamente, ansiosa por ayudar a Michel. El peso imprevisto hizo caer a la mariposa sobre el agua, mojándose sus alas, que se movieron espasmódicamente sin lograr remontar el vuelo por haberse empapado y aumentar así su peso.

Michel agarró a Aurea por una pierna, pues la muchacha también había caído al lago sobre la mariposa gigante, y tiró de ella llevándola hacia el borde de piedra.

Delante de la cabeza de calavera se abrieron unas impresionantes fauces surgidas de lo más hondo de las siniestras aguas. Era la enorme boca de un pez gato, del tipo glano, que allí se había hecho tan grande que atrapó con su boca toda la cabeza de la mariposa y, luego, volvió a sumergirse, hundiendo tras de sí a la mariposa para terminar devorándola en su reino de aguas oscuras y tenebrosas.

Michel abrazó a ambas muchachas, que temblaban de terror.

—Vámonos ahora mismo —dijo—. Hay que traer aquí a la policía, aunque no sé cómo podrán creernos cuando les contemos lo que hemos visto.

CAPÍTULO VIII

El palacete estaba rodeado por fuerzas policiales. Las muchachas fueron recluidas en sus respectivos dormitorios y las vigilantes comenzaron a ser interrogadas. Frau Hortensie se había encerrado en un hermético mutismo y no respondía cuando se le hablaba.

El comisario y el juez de instrucción se hallaban al borde del lago de los cisnes. Con varias motobombas, proporcionadas por los servicios de bomberos, procedían a desecar el lago pese a la constante entrada de agua. Fueron apareciendo los peces gato glano a cientos y, cuanto más abajo llegaban, más grandes eran. Llegaron a encontrar ejemplares de dos metros y medio de largo y tendrían un peso de más de doscientos kilos.

—Señor juez, aquí tiene el informe del forense.

—Qué desagradable, lo que nos temíamos. Esas mujeres se alimentaban con carne humana triturada, esto es un lugar de locura —opinó el juez, impresionado a su pesar.

—Pero ¿de dónde sacaban tanta carne humana para alimentarse diariamente? —preguntó el ayudante del juez.

El comisario, mirando el lago que iba siendo desecado, dijo:

—Pronto lo sabremos. Somos muchos millones de seres humanos en el mundo y, para unas cuantas locas, hay comida para rato.

Se consiguió desecar el lago de los cisnes y bajo los peces que murieron al faltarles el agua, hallaron infinidad de huesos humanos, calaveras completas que el análisis forense concretó habían pertenecido exclusivamente a hombres y no a mujeres.

Al fondo del lago habían ido a parar todos los despojos que aquellas mujeres psicópatas (pues no cabía pensar en otra cosa) habían considerado inadecuados para sus extraños platos en forma de flor, y que sirvieron para alimento de los peces gato.

Quince días más tarde, Michel y Berty se presentaron ante el juez que llevaba el caso.

Éste les confirmó la triste noticia:

—La muerte de su padre es ahora oficial, señorita Berty. Una de las calaveras, desgraciadamente, ha coincidido con las radiografías odontológicas que nos proporcionó su dentista.

—Dios mío, Dios mío, qué horrible fin. Michel la abrazó y luego preguntó:

—¿Y la mariposa gigante?

—¿Mariposa gigante? Ah, bueno, sería una loca disfrazada. Hemos encontrado muchos disfraces de mariposas gigantes. Algunas de las chicas han confesado utilizarlos y nos han contado incluso lo que ocurrió la noche en que el padre de la señorita fue asesinado. Procuraremos llevar el caso reservadamente, pero no hemos encontrado nada extraordinario, salvo que era una comunidad de locas peligrosas.

—Pero aquella mariposa parecía auténtica, volaba —insistió Michel.

—Bah, ilusiones nocturnas, ni siquiera hemos encontrado su calavera.

—Estará en el vientre de alguno de los peces gato —dijo Michel.

—Entonces, ya no la encontraremos, porque todos esos bichos han sido llevados a un incinerador antes de que se descompusieran.

Michel comprendió que ni el juez ni nadie querrían creer jamás en la existencia de la enigmática mariposa gigante, símbolo de la muerte.

Por más que se buscó, no se llegó a encontrar a madame Atro pese a dictarse orden de busca y captura; mas Michel, Berty y Aurea (que pasó a la protección judicial para menores), sabían que madame Atro jamás sería encontrada.

—¿Qué será ahora de todas esas chicas? —quiso saber Michel. El juez dudó un poco y, al fin, aclaró:

—Las que llamaban orugas pasarán a la asistencia social y podrán llevar una vida normal dentro de muy poco, el Estado dispone de medios para la protección de jóvenes desamparadas. En cuanto a las llamadas ninfas y mariposas, deberán pasar por un sanatorio psiquiátrico y del estado de cada una dependerá el tiempo de curación. Creo que las mujeres que dirigían ese extraño centro

feminista han hecho mucho daño en las mentes de esas muchachas. Ah, también han sido arrestadas las dirigentes del orfelinato de donde sacaban a las muchachas, todo queda claro ya.

Michel y Berty se alejaron, sabiendo que aquel asunto jamás quedaría totalmente aclarado; ellos habían visto a la mariposa de la muerte y podían jurar que aquello no era un simple disfraz.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts